



LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

— ¡Pero!...—dijo Van Mitten, tratando una vez más de impedir que su amigo Keraban cometiese una locura semejante.

— ¡Dejadme os digo!

— ¿Y el matrimonio de vuestro sobrino Alunet?

— ¡Buena estoy yo ahora para matrimonios!

Scarpante, llevándose entonces aparte á Yarhud, le dijo:

— ¡No podemos perder una hora!

— En efecto—respondió el capitán maltés— mañana mismo partiré hacia Odessa por el tranvía de Andrinópolis.

Y ambos se retiraron.

Entre tanto, Keraban, volviéndose bruscamente hacia su criado, le decía:

— ¡Nizib! sígueme, vamos á mi despacho.

— ¡Al despacho!—respondió Nizib.

— ¡Y vos también, Van Mitten!—añadió Keraban.

— ¿Yo?

— ¡Igualmente vos, Bruno, partiremos juntos.

— ¡Cómo!—dijo Bruno, haciéndose todo oídos.

— ¡Claro está! he invitado á comer en Scutari á Van Mitten, ¡y por Allah que allí habrémos de comer á nuestra vuelta!

— ¿Y no podría ser ántes?—respondió el holandés bastante desconcertado.

— No será ántes de un mes ó de un año, ó de diez—replicó Keraban con acento que no admitía la menor contradicción—habéis aceptado mi mesa y en ella tenéis que comer.

— Pues á fe que ya habrá tiempo para que se enfríe la comida que en ella sirvan—murmuró Bruno.

— Permitidme que os haga observar, amigo Keraban....

— No permito nada, Van Mitten, venid.

Y el Sr. Keraban dió algunos pasos hacia el fondo de la plaza.

—No hay medio de resistir á ese hombre endiablado—dijo Van Mitten á Bruno.

—¿Cómo, señor, vais á ceder á semejante capricho!

—Que permanezca aquí ó que me vaya á otra parte me da lo mismo, desde el momento en que he abandonado Rotterdam.

—Pero....

—Y ya que sigo á mi amigo Keraban, no podré hacer nada mejor sino seguirme.

—¡Vaya una complicación!

—Pártanos—dijo el Sr. Keraban.

Y dirigiéndose una última vez al jefe de policía, cuya sonrisa burlona le exasperaba cada vez más, le dijo:

—Voy á partir; pero, á despecho de todas vuestras órdenes, iré á Scutari sin haber atravesado el Bósforo.

—Y yo tendré un verdadero placer en asistir á vuestra llegada, despues de un viaje tan curioso—respondió el jefe de policía.

—¿No será menor mi alegría al encontraros á mi regreso!

—Pero os prevengo—añadió el jefe de policía—que si el impuesto se halla entónces todavía en vigor....

—¿Qué sucederá?

—Sucederá que no os dejaré pasar el Bósforo para volver á Constantinopla, á menos que no paguéis diez paras por persona.

—Y yo os contesto que si para entónces ese impuesto se halla todavía en vigor, ¡sabré volver á Constantinopla sin sacar un solo para de mi bolsillo!

Y esto diciendo, el Sr. Keraban se asió del brazo de Van Mitten, hizo un signo á Bruno y Nizab para que le siguiesen, y desapareció entre la multitud, que aclamaba á su paso á aquel partidario del antiguo partido turco, tan tenaz en la defensa de sus derechos.

En aquel instante un cañonazo retumbó á lo lejos. El sol acababa de ocultarse en el horizonte de la mar de Mármara, y una vez terminado el ayuno del Ramadan, los fieles súbditos del Pachá podían desquitarse de las abstinencias del día.

De repente, y cual si un genio misterioso hubiera extendido su varita mágica sobre la ciudad, Constantinopla se transformó por completo. Al silencio que ántes reinaba en la plaza de Top-Hane sucedieron gritos de alegría y hurras de placer. Los cigarrillos, los mibuks, y los murgiles se encendieron y llenaron el ambiente con el azulado humo que producían. Los cafés se llenaron bien pronto de parroquianos, cuyo apetito corría pareja con el deseo de remojar sus gargantas. Asados de todas clases, *yacurth*, leche cuajada, *kaimak*, especie de crema cocida, *kebab*, lonjas de carnero cortadas en menudos pedacitos, galletas de baklava acabadas de salir del horno, albóndigas de arroz envueltas en hojas de viña, mazorras de mote cocido, barriles de aceitunas negras, cubas de caviar, pilaws de pollo, tortas de miel, jarabes, sorbetes, café y en fin, todo cuanto en Oriente se come y se bebe, apareció sobre las mesas de los establecimientos. Las pequeñas lámparas, suspendidas á

una espiral de cobre, subían y bajaban á impulso del dedo pulgar de los *cawadjis*, que los ponían en movimiento.

Después la antigua ciudad y los barrios nuevos se iluminaron como por encanto. Las mezquitas Santa Sofía, la Suleimanié, Sultan-Ahmed; todos los edificios religiosos ó civiles, desde el Serrallo Burn hasta las colinas Eyoub se coronaron de luces multicolóres. Verlos en luminosos tendidos de un minarete á otro trazaban los preceptos del Koran sobre el sombrío fondo del cielo. El Bósforo, surcado de caíques con farolillos, caprichosamente mecidos por las aguas, reflejó cual si las estrellas del firmamento hubiesen caído en su fondo. Los palacios construidos en sus orillas, las casas de campo de la orilla asiática y de la de Europa; Scutari, la antigua Crysopolis, y sus casas, escalonadas en anfiteatro, no presentaban más que líneas de fuego, duplicadas al reflejarse en las aguas.

Resonaba á lo lejos la panderota, la Jufa ó guitarra, el *taborca*, el *nibel* y la flauta, mezclados con los cantos de las oraciones salmódicas á la caída del día. Desde lo alto de los minaretes, los muezines, con voz que se prolongaba sobre tres notas, hicieron una última llamada para que la ciudad, ya en fiesta, hiciese la oración de la tarde formada de una palabra turca y dos árabes: *a; Allah hakk Kebir to* (Dios grande.)

V.

EN EL QUE EL SEÑOR KERABAN ABANDONA Á CONSTANTINOPLA DESPUES DE DISCUTIR Á SU MANERA DE MODO COMO ÉL ENTIENDE LOS VIAJES.

La Turquía Europea comprende en la actualidad tres divisiones principales: La Rumelia (Tracia y Macedonia), la Albania, la Tesalia y á más una provincia tributaria, la Bulgaria. Despues del tratado de 1878, el reino de Rumania (Moldavia, Valaquia y Dobrucha), los principados de Sérvia y de Montenegro han sido declarados independientes; Austria ocupa la Bosnia, excepto el Sandjak de Novi-Bazar.

Desde el momento en que el Sr. Keraban pretendía seguir el perimetro del mar Negro iba primeramente á desenvolver su itinerario sobre el litoral de la Rumelia, de la Bulgaria y de la Rumania para llegar á la frontera rusa.

Desde allí, á traves de la Besarabia, la Chersonesa, la Taurida ó sea el país de los Tcherkeses, del Cáucaso y de la Transcaucasia, dicho itinerario contornaría la costa septentrional y oriental del antiguo Puente Euxino, hasta los límites que separan á Rusia del Imperio otomano.

En seguida, por el litoral de la Anatolia, al Sur del mar Negro, el más testarudo de los osmanlis llegaría por el Bósforo á Scutari sin haber pagado el nuevo impuesto.

En realidad, era un trayecto de seiscientos cincuenta agachos turcos, que equivalen próximamente á dos mil ochocientos kilómetros, ó (contando por leguas otomanas, ó sea la distancia que recorre un caballo de carga al paso ordinario), que es un ve-

yecto de setecientas leguas de veinticinco al grado. Así, pues, del 17 de Agosto al 30 de Setiembre, median cuarenta y cinco días. Por lo tanto, había que recorrer quince leguas cada veinticuatro horas, si querían estar de vuelta el 30 de Setiembre, que era el plazo fijado para el matrimonio de Amasia, sin lo cual esta última no se encontraría en las determinadas condiciones para cobrar las cien mil libras de su

tía. En suma, por muy bien que se diera el viaje, su convidado y él no se sentarían a la mesa de la casa de campo, donde la comida les aguardaba antes de trascurridos cuarenta y cinco días.

Sin embargo, empleando medios de trasportes rápidos, tales como los que ofrecen los diversos trayectos de tranvías, hubiese sido fácil ganar tiempo, y abreviar la longitud del viaje.



Passaré yo antes — repitió Keraban.

De este modo, saliendo de Constantinopla, un camino de hierro conduce á Andrinópolis, y por un cruce á Jamboli. Mas al Norte, el tranvía de Varna á Koustchouk, se une á los tranvías de la Rumania, y éstos, prolongándose el itinerario á través de la Rusia meridional, por Jassi, Kisseheneff, Kharkow, Taganrog, Nachintschewan, vienen á concluir en la montaña del Cáucaso. Finalmente, un ramal de Tiflis á Poti conduce, desde el litoral del mar Negro, hasta la frontera turco-rusa. Despues, por la Turquía Asiática no se encuentra ninguna vía férrea hasta Brousse; pero desde allí hay todavía un último ramal que concluye en Scutari.

Pero sobre dicho punto era tarea imposible el convencer al Sr. Keraban. Introducirse él en un wagon de un camino de hierro, sacrificarse así á los progresos de la industria moderna, él, un antiguo turco, que desde hacía cuarenta años resistía con todo su poder á las invasiones de las invenciones europeas. ¡Jamás! Hubiera hecho el viaje á pié antes que ceder sobre ese punto. Así que, la tarde misma, Van Mitten y él llegaron al despacho de Galata y tuvieron sobre ese asunto un principio de discusión. Á las primeras palabras que el holandés dijo sobre los tranvías otomanos y rusos, el Sr. Keraban respondió primeramente alzándose de hombros, y luego, rechazando

do categóricamente esos medios de locomoción :
— ¡Sin embargo!..... — repuso Van Mitten — que creyó deber insistir por pura forma ; pero sin esperanza de convencer á su huésped.

— Cuando yo digo que no, es que no — replicó el señor Keraban. — Me pertenecéis, sois además mi convidado ; por lo tanto, me encargo de vos, y no tenéis que hacer otra cosa sino dejáros llevar.

Sea — respondió Van Mitten. — Sin embargo, á falta de tranvías puede ser que haya otro medio más sencillo de transporte para Scutari, sin franquear el Bósforo ; pero también sin rodear el mar Negro.

— ¿ Y cual? — preguntó Keraban frunciendo el entrecejo. — Si este medio es bueno le acepto ; si es malo, le rechazo.

— Es excelente — respondió Van Mitten.

— ¡ Hablad pronto ! Aún tenemos que hacer los preparativos de viaje, y no hay que perder una hora.

— Héle aquí — amigo Keraban ; — vayamos á uno de los puertos más próximos de Constantinopla en el mar Negro, fletemos un vapor.....

— ¡ Un vapor ! — exclamó el Sr. Keraban, á quien la palabra *vapor* tenía el don de poner fuera de sí.

— No.... un barco..... un simple barco de vela — se apresuró á decir Van Mitten — un chebec, una tartana, una carabela, y hagamos rumbo para uno de los puertos de la Anatolia, Kerpili, por ejemplo. Una vez sobre este punto del litoral, llegaremos tranquilamente por tierra á Scutari, en donde beberemos á la salud del Muchir.

El Sr. Keraban habia dejado hablar á su amigo sin interrumpírle. Puede que creyese Van Mitten que su amigo iba á dar buena acogida á su proposición, muy aceptable por otra parte, pues que salvaba todas las cuestiones de amor propio.

Pero, al anuncio de esta proposición, la vista del señor Keraban se animó, sus dedos se plegaron y desplegaron sucesivamente, llegando por fin á apretar sus puños, de manera que Nizib hubiera encontrado poco segura para él.

— ¿ Lo que me aconsejáis, Van Mitten, es en suma, embarcarme en el mar Negro para no pasar por el Bósforo?

— Eso sería una buena jugada, según creo — respondió Van Mitten.

— ¿ Habéis oído hablar alguna vez — repuso Keraban — de cierto género de enfermedad que se llama mareo?

— Sin duda, amigo Keraban.

— ¿ Y no le habéis tenido nunca, sin duda?

— ¡ Jamas ! Pero tratándose de una travesía tan corta.....

— ¿ Tan corta? — replicó Keraban. — ¿ Decís que es corta la travesía?

— ¡ Apenas sesenta leguas !

— ¡ Aunque hubiese cincuenta, veinte, diez, cinco! — exclamó el Sr. Keraban — en quien la contradicción empezaba, como siempre, á sobreexcitarle; ni aunque hubiese dos, ni una, eso sería demasiado para mí.

— Queréis, por lo tanto, reflexionar.....

— ¿ Conocéis el Bósforo?

— Sí.

— ¿ Apenas tendrá media legua de ancho por el lado de Scutari?.....

— En efecto.

— Pues bien — Van Mitten — por ligera brisa que haga, me mareo en mi caique.

— ¿ Os mareáis?

— ¡ Me marearía en un estanco, en un baño! Osad, pues, hablarme de tomar ese partido. Osad proponerme flotar un chebec, una tartana, una carabela, á otra clase de las pesadas máquinas de esa especie. ¡ Osadlo!

No es necesario decir que el digno holandés no usó tal cosa, y que la cuestión de una travesía por mar se abandonó por completo.

Pero, ¿ como efectuarían el viaje? Las comunicaciones son no poco difíciles, al ménos en Turquía, propiamente dicho, por más que no sean de todo punto imposibles. Se hallan relevos de posta en los caminos ordinarios, y nada impide el viajero á caballo, con provisiones, campamento, cantina y bajo la dirección de un guía, si es que no se quiere seguir al Tatur, es decir, al correo encargado del servicio postal; pero como dicho correo no debe emplear más que un tiempo limitado en ir de un punto á otro, el seguirle es muy fatigoso, por no decir impracticable, á quien no tiene la costumbre de esos largos trayectos.

No es necesario decir que el Sr. Keraban abandonó por completo este medio, para dar la vuelta al mar Negro. El no iría muy de prisa, pero sí cómodamente. Sería cuestión de dinero, lo cual no era para asustar á un rico negociante del barrio de Galata.

— Bien — dijo Van Mitten resignado del todo — puesto que no viajamos ni por camino de hierro, ni en barco, ¿ como viajaremos, amigo Keraban?

— En silla de posta.

— ¿ Con vuestros caballos?

— Con caballos de relevo.

— Eso, si los encontráis durante el trayecto.....

— Se encontrarán.

— ¡ Pero os costará caro!

— ¡ Me costará lo que me cueste ! — respondió el señor Keraban que empezaba á armarse.

— No los tendréis por ménos de mil libras turcas (1), y tal vez por mil quinientas.

— Y bien, ¿ qué ! Miles, millones! — exclamó Keraban. — ¡ Sí, millones si es necesario ! ¿ Teneis mas objeciones que hacer?

— No — respondió el holandés.

— Ya era tiempo.

Estas últimas palabras fueron dichas con un tono tal que Van Mitten tomó la resolución de callarse.

Aunque también hizo observar á su imperioso huésped que semejante viaje necesitaría hacer cuantiosos gastos ; que aguardaba de Rotterdam una suma muy considerable, la cual pensaba depositarla en el Banco de Constantinopla ; que momentáneamente no tenía más dinero, y que..... etc., etc.

(1) La libra turca es una moneda de oro que vale 25 francos 85, que vienen á ser 100 céntimos, de los que cada uno vale 22 céntimos.

Después de este *etcétera*, el holandés se calló, ó hizo bien.

Si el Sr. Keraban no poseyera un antiguo coche de fabricación inglesa, puesto ya á toda prueba, hubiera tenido que hacer este largo viaje con la araba turca, arrastrada frecuentemente por bueyes. Pero la antigua silla de posta, con la que había hecho el viaje á Rotterdam, estaba en la cochera y en perfecto estado.

Dicho coche estaba convenientemente dispuesto para tres viajeros; entre los resortes del juego delantero se sustentaba una enorme caja de provisiones y bagajes; detrás de la caja del coche había un segundo cofre, en el cual había establecido un cabriolet, y sobre el que podían sentarse muy bien dos criados. Este vehículo debía ser conducido por un postillon, pues no tenía asiento para cochero.

Todo esto parecerá algo antiguo de forma, y ten-



El terreno que ahora pisamos puede llamarse europeo.

drán motivo para reírse los entendidos en la construcción de coches modernos; pero el vehículo era sólido, colocado sobre buenos ejes, ruedas de anchas llantas y gruesos radios, y suspendido por muelles de acero de primera calidad, ni muy blandos ni muy duros, capaz de resistir las desigualdades de los caminos apenas trazados á través de los campos.

Así, pues, Van Mitten y su amigo Keraban, ocuparían el fondo del confortable vehículo, provisto de cristales y cortinillas, y Bruno y Nizib encaramados en el cabriolet, en cuya parte anterior se levantaba un bastidor con su correspondiente cristal; con tal aparato de locomoción hubieran podido ir á China.

Por fortuna, el mar Negro no se extendía hasta el litoral del Pacífico, pues de otra suerte es muy posible que Van Mitten hubiese hecho conocimiento con el Celeste Imperio. Los preparativos empezaron inmediatamente. Si el Sr. Keraban no podía partir la misma noche, tal como lo había dicho en el calor de la discusión, al menos quería ponerse en camino á la mañana siguiente, al rayar el alba.

Pero como no tenía más que una noche para arreglar todos los preparativos y todos los negocios, los empleados del despacho, en el momento en que se disponían á partir para reponerse de las abstinencias del día, se vieron detenidos por su jefe para dejar

terminadas todas las operaciones. Por otra parte, quien prestaba en estos momentos más actividad era Nizib.

En cuanto á Bruno, debió volver al *Hotel de Pesth*, situado en la calle Mayor de Pera, donde ambos habitaban desde por la mañana, con el fin de hacer trasportar al despacho todo su equipaje. El obediente holandés, á quien su amigo no perdía de vista, no hubiera osado dejarle un solo instante.

—¿Estais ya bien decidido, señor?— dijo Bruno en el momento en que iba á salir del despacho.

—¡Con ese diablo de hombre qué otra cosa voy á hacer!— respondió Van Mitten.

—¿Vamos á dar la vuelta al mar Negro?

—¡Al ménos que mi amigo Keraban no cambie de opinion en el camino, lo cual no es posible!

—¡De todas las cabezas de turco que hay en las ferias pata medir la fuerza aplicada por los puños—



Las barcas movidas por dos remos.

respondió Bruno—creo que no hay una tan dura como la del señor Keraban!

—Tu comparacion, si nó es respetuosa, por lo ménos es muy justa, Bruno—replicó Van Mitten.—¡Tendré buen cuidado de no dar con el puño sobre esa cabeza, pues seguramente me lo rompería!

—¡Yo que esperaba descansar en Constantinopla, señor!—repuso Bruno.—¡Yo que soy tan poco amigo de viajar!....

—Esto nó es un viaje, Bruno—respondió Van Mitten—es simplemente un nuevo camino que mi amigo Keraban toma para ir á comer á su casa.

Este modo de velar las cosas nó calmó en nada á

Bruno. Á él nó le gustaban los movimientos, é iba á moverse durante semanas, y áun meses, á través de países que nada le interesaban, pero que, segun su preocupacion, eran más peligrosos que otra cosa. Despues, con las fatigas continuas de este largo trayecto, llegaría á enflaquecer, y por consiguiente á perder su peso normal (¡ciento sesenta y siete libras!), del que se mostraba orgulloso.

(Se continuará.)

LA REINA DE LOS LAGOS

LEYENDA DEL VALLE MEJICANO

POR EL CAPITAN MAYNE REID.

Al llegar á la puerta, que estaba abierta, vi que era un palco particular con cortinas todo alrededor, en el cual habia cuatro personas, dos de ellas jóvenes y hermosas, como pude ver á pesar de la oscuridad que habia en el sitio en que se habian escondido, puesto que estaban en un rincon sentadas; y delante de ellas, de pié y guardándolas, un señor de edad y un joven de uniforme, que parecía procuraba estar tan cerca de ellas como era posible.

El teatro estaba alborotada, y desde el patio á las galerías gritaban todos: *¡fuera!*

Con gran admiración y disgusto vi que, en efecto, el uniforme era de nuestro ejército, y el oficial un alférez de infantería.

Pero no presentaba insignia ninguna para hacerme saber su rango ni el regimiento á que pertenecía. Una sola mirada me bastó para convencerme que era el alférez Sullivan, del cuarto regimiento de infantería; un joven irlandés recientemente ascendido por un hecho brillante en la última batalla. Valiente, pero no bueno, un bruto que bebía continuamente y cuyo ascenso, lejos de hacerle enmendarse, parecía que le habia animado á beber más y más. Al momento vi que estaba enteramente borracho, hasta el punto de costarle gran trabajo sostenerse de pié.

No habia excusa, sin embargo, para su conducta, ni yo esperé tampoco á que le diese.

Algunos guardias, viendo que pasaba algo grave, me habian seguido desde la calle, y á ellos di la orden de arrostarle al momento sin más ceremonias, á pesar de sus charreteras.

En el momento de cogerle rabió y juró con toda su fuerza, pero inútilmente; le sujetaron fuertemente y le llevaron á la prision de la guardia, donde pasó el resto de la noche.

Pude muy bien haber permanecido más tiempo en el palco oyendo palabras llenas de gratitud, si no hubiese sido por la necesidad de ver mis órdenes cumplidas.

Atendiendo á esto, saludé y salí sin preguntar siquiera el nombre ni las señas del caballero del palco. Es muy posible que si no hubiese recibido el billete que habia guardado en el bolsillo de mi chaleco, y que tantas esperanzas me daba para el día siguiente, hubiese formado más empeño en establecer relaciones con aquella familia.

CAPÍTULO II.

UN VIAJE POR LAS LAGUNAS.

En la elevada llanura conocida por el Valle de Mé-

jico y á siete mil piés de altura sobre el nivel del mar se extienden seis anchos lagos.

Humboldt y otros viajeros hablan sólo de cinco. Hay sin embargo seis; cuatro en la parte septentrional del Valle, de los cuales el mayor es Tezcoco, que ocupa un terreno de cien millas cuadradas.

Las aguas de estos lagos están más ó ménos impregnadas de sal.

En los alrededores todo es estéril, como en las orillas del mar Muerto. La vegetacion se dobla como si no quisiera negarse del todo á que la admiren, y sólo florecen la clase de plantas á las que conviene un suelo salitroso.

Enteramente diferentes los dos lagos Chalco y Xochimilco, ocupan la parte del Sur del Valle, los dos juntos tienen una extensión casi igual á la de Tezcoco, y casi podrían considerarse como uno solo si no fuera por una lengua de tierra que los separa; la *Calzada* ó *Tlahuac*, por la que marcharon los conquistadores en su primer llegada á Tenochtitlem. Este istmo debía ser entónces todavía más estrecho, porque es muy sabido que las aguas se han sumergido en estos lagos, y que el fango aumenta cada día.

Tezcoco ahora no tiene ningun sitio cuya profundidad pase de seis piés. En cuanto á Chalco y Xochimilco, ninguno de los dos puede hoy llamarse propiamente lago, puesto que están tan cargados de cieno, que en toda su extensión no hay ni un sitio donde pueda verse el agua.

Por el contrario, el lago Tezcoco, tiene unas aguas dulces, sin mezcla alguna de sal; y bajo un cielo de primavera constante, es inútil decir que su vegetacion es magnífica.

Esta se compone de varias clases de plantas acuáticas, todas las diferentes clases de *cyperus* y *scirpus* con trifolios y juncos, llamados por los mejicanos *tlavares*.

Pero aunque ninguno de estos lagos tiene una gran profundidad, rara vez más de cinco ó seis piés, las plantas que los cubren no nacen desde el fondo, sino que tienen sus raíces en una especie de capa que flota en la superficie, la cual está formada por las mismas raíces, con los despojos de las hojas caídas y tallos intermedios, todo lo cual forma una espesa masa que parece increíble sea obra de la Naturaleza, y más bien pudiera tomarse por una especie de estera hecha á mano, como las que se usan en Europa, y sobre todo en España.

En el idioma del país se llama *cinta*, y como veremos más adelante, tiene mucha semejanza con los

jardines flotantes, acerca de los que Humboldt, Boscá y otros después de ellos han dado noticias inexactas.

La verdad es que su modo de ser es un enigma para los satios de Europa, y no puede tampoco decirse que lo entiendan mejor los mismos mejicanos, al menos los que viven en las ciudades. Según lo que yo he podido averiguar, ningún viajero antiguo ni moderno ha explorado este vasto desierto de pantanos que ocupa toda la parte del Sudeste del Valle de Méjico, que para los habitantes de la capital es casi una tierra desconocida.

Esto mismo aumentaba mi deseo de conocerlo, y más aún de ver los famosos jardines flotantes, que me habían dicho eran la verdadera maravilla del país. Añádase á esto el interés particular que me llevaba, y se comprenderá mi impaciencia y mi puntualidad á la cita con el pelado.

Él también fué tan puntual como había prometido, y al dar las once en la catedral los dos estábamos ya en el bote.

Me pareció que me miraba con cierto enfado al ver que no iba solo.

Yo había suplicado á mi compañero el alférez Crittenden que me acompañase, y venía en efecto, siendo esto una sorpresa para el pelado, que parecía tener sus motivos para preferir hubiera venido solo. Cualquiera que fuese la causa de su disgusto, se le pasó muy pronto cuando le presentamos un paquete de cigarrillos, que él aceptó con un «muchas gracias», y encomendando uno de ellos empezó á mover los remos y la barca á cruzar el canal, testigo de todas mis emociones.

Durante las primeras cuatro ó cinco millas, nuestro camino fué muy agradable; pasamos los pueblos de Istoccalco, Mexicalcingo y Culhuacan. Más allá de Tomatlan el canal entra en el lago Xochimilco, por medio del cual se va siguiendo hacia el lado de Sudeste.

Pero ántes de llegar allí se vuelve hacia el Este, y cruzando la calzada de Tlalhuac por medio de una cortadura artificial, continúa hacia el otro lago, que está en la antigua ciudad de Chalco, hacia la parte de Oriente.

Hay otros varios caminos pequeños que atraviesan éste y ponen en comunicación á varios pueblos situados al rededor de su orilla; otros que forman islas, como Xico y Mezquío.

Estas ramificaciones, llamadas *acalotes*, se sostienen por el tráfico de los botes que en algunas de ellas es considerable.

Muchas veces, sin embargo, por efecto de alguna fuerte tempestad ó cualquier otra causa, se mueven y separan algunos trozos de aquel terreno pantanoso, y empujados en varias direcciones cierran el canal y cambian su curso. Entónces es preciso seguir otro camino diferente.

Desde que entramos en esta parte del canal nos ocupamos muy poco de nuestro bote ni del hombre que le dirigía, prestando toda nuestra atención á la preciosa escena que se ofrecía á nuestra vista. Vegetación hermosa de formas enteramente nuevas para

nosotros, atraían las más extrañas especies de aves salvajes, que, asustadas de nuestra llegada á su solitario dominio, daban gritos de alarma al levantarse en bandadas y volar al rededor de nuestra barca.

Después de cierto tiempo, todo esto se hizo monótono, nos cansamos de observarlos, y volvimos la vista hacia el pescador que no hacía grandes progresos en nuestro viaje, sino que, por el contrario, mejoraba los remos con bastante calma, como si no estuviese muy acostumbrado á ellos, lo cual era muy extraño en un hombre que se decía pescador de oficio. Tal vez hacia poco tiempo que estaba dedicado á la pesca, y no tenía, por consiguiente, gran práctica.

Con esta suposición nos tranquilizamos, y sin decirle á él nada, continuamos nuestro camino.

Sucedía, sin embargo, que habiendo ido tan despacio, eran más de las dos cuando llegamos á Tlalhuac y pudimos entrar en la cortadura que lleva el canal hacia el lago de Chalco.

Al pasar vimos que había un pueblecito en la calzada, es decir, al lado, habitado por indios, como podía verse por el aspecto de sus habitantes.

Mientras miraba todo esto desde el bote, observé muchos hombres que se movían al rededor de aquel sitio, que no parecían ni blancos ni mestizos, vestidos de un modo enteramente distinto del sencillo traje de los indios en los lagos.

Además, al pasar por la estrecha garganta que allí forma el agua vi un hombre de pié, que ciertamente no era indio, y que me pareció cambiaba una señal de inteligencia con el de nuestra barca.

Esto por sí solo no decía nada; era muy natural que un pescador tuviese amistad con la gente de Tlalhuac, y muy natural, por consiguiente, que conociese al hombre que estaba en el banco.

Lo que me pareció raro es que pasasen uno al lado del otro sin decirse siquiera buenos días; una descortesía desconocida en Méjico aun entre gentes que no se han visto en su vida.

Ningun saludo medió entre los dos de palabra ni de gesto.

Tal vez se conociesen sin ser amigos. Nada tan de extraño que mi amigo y yo tuviésemos algun recelo; y esto se explica perfectamente, teniendo presente que, aunque nuestro ejército había conquistado la mayor parte del país, y muchas brigadas estaban acuarteladas en su capital, los mejicanos conservaban todavía una forma de gobierno en la ciudad de Querétaro, con un número de soldados bastante elevado, entre los cuales abundaban partidas de guerrilleros.

Muchos de éstos no eran ménos temibles que los ladrones; al contrario, eran peores para nuestros soldados si tenían la desgracia de caer en sus manos, como estaba sucediendo todos los días, que los asesinaban sin piedad, y áun muchas veces los mutilaban después.

Y todo esto sucedía á menudo, cerca de nuestros barracas, á un tiro de fusil de nuestros centinelas. Así había sido asesinado un pobre muchacho de mi misma compañía, que estaba paseando fuera de los otros

ales de la ciudad, no más léjos de seiscientas varas del sitio en que estaban sus compañeros de cuartel. Después de muerto le hicieron una cortadura en la frente en forma de cruz y otras dos en las plantas de los pies, queriendo indicar sin duda que el crimen se había cometido por inspiración de sentimientos religiosos.

Con estos antecedentes no era de extrañar que mi

compañero y yo empezásemos á arrepentirnos de haber emprendido aquella excursión.

Los dos habíamos tomado la precaución de vestirnos con trajes mejicanos, y como siempre me habían dicho que yo tenía cierto parecido con los hombres del país, no había nada que temer por mi parte. Pero Crittenden no podía confundirse; sus cabellos rubios como el oro y su cutis blanco y fino no podía confun-



El Teniente Crittenden.

dirse con las bronceadas facciones de los mejicanos. Había ciertamente razón para estar alarmados. Nos encontrábamos en medio de una maza de laguna, entre juncos y otras plantas acuáticas bastante altas para cubrir nuestras cabezas, en un bote que se deslizaba por un trecho de agua estrecho en extremo, conducido por un hombre cuyo aspecto era todo menos amable, desconocido para nosotros, ó casi peor; lo que sabíamos de él no era lo más á propósito para tranquilizarnos.

Podía muy bien llevarnos donde mejor le pareciese quizás á alguna caverna de salteadores donde nos asesinarán sin la menor compasión. ¿Pero con qué objeto?

Esta pregunta nos consolaba. Aparte de la manera un poco ruda con que yo había tratado al pescador en nuestra primera entrevista, no le había después ofendido en nada, mientras que, por el contrario, él continuaba siempre diciéndome que era mi deudor por no sé qué servicio que le había hecho, lo cual era un

misterio sin aclarar hasta el presente, y como me había ofrecido explicármelo durante el camino, se me ocurrió recordarle ahora su promesa.

Quizas encontrásemos en su historia algo que disipase un poco nuestros temores.

—Con mucho gusto lo haría, señor capitán—me dijo, contestando á mi petición, pero, continuó mirando á Crittenden—da la casualidad que la prueba de amistad por la que estoy tan agradecido es en cierto modo de carácter privado, y no puedo hablar de ello más que á su excelencia. Así, espero que me dispensará hasta que se presente mejor oportunidad.

Claro es que no puede insistir, áun cuando todo este discurso hizo en mí el natural efecto de aumentar mi curiosidad.

Nada había en su respuesta para tranquilizarnos acerca de su honradez, y más bien parecía que debía aumentar nuestro recelo.

Lo peor del caso era que no podíamos comunicarnos nuestras impresiones ni siquiera por señas, porque el pescador estaba sentado enfrente de nosotros y no nos quitaba un momento la vista de encima.

—Es verdad que hablábamos un idioma que no debía entender; pero el bribón, á pesar de sus lacayos, parecía tener tantas habilidades, que pensé que tal vez hubiera aprendido algo de inglés con nuestros soldados, como les sucedía á otros mejicanos de su clase. Durante este tiempo habíamos llegado á la parte principal del canal que cruza el lago hácia Chalco y vuelve hácia el Norte, á lo largo de uno de los pequeños *acatolís*, y nos dijo que era el camino para el sitio donde ibanos. No muy recto, por cierto, porque continuamente cambiábamos de dirección en todos sentidos, como pudimos ver por el sol, que tan pronto nos daba de cara como de espaldas.

Más de tres horas tardamos en esta extraña navegación, cosa que me sorprendía mucho y aumentaba mis temores, porque recordaba que el jóven indio había dicho que su chinampa estaba muy cerca de Tlalhuac. Habíamos andado lo ménos tres ó cuatro leguas desde que pasamos por aquel sitio, y sin embargo no se veían señales de chinampa. Le dije al pescador lo que el jóven indio me había dicho, y me respondió á media voz como si no quisiera ser oído más que por mí:

—¡Ah, señor capitán! ese muchachito le ha engañado. Y es muy natural, porque su hermano se lo encargaría así para que se animase á venir, y por eso le hizo creer que la distancia no era tan grande.

Después, alzando la voz y dirigiéndose á los dos, continuó:

—Ya no nos falta mucho; dentro de una hora, lo más, habrémos llegado al término de nuestro viaje.

—¿Otra hora!

—Sí señor; ¿eso le parece mucho?

—Demasiado.

—Nos dejará muy poco tiempo para volver á la ciudad antes que sea de noche.

—¿Pero sus excelencias piensan volver esta noche?

—Por supuesto que lo pensamos.

—¡Caramba!

—Yo no sabía eso; yo creí que pensaban quedarse esta noche en Chinampa.

—No pensamos semejante cosa.

—Está muy bien; no es absolutamente imposible volver á la ciudad esta noche, aunque sea algo tarde, y si sus excelencias me prometou no detenerse demasiado en los jardines flotantes, yo haré lo que podrá por complacerles. Pero es muy agradable estar entre aquellas flores, especialmente en compañía de aquella encantadora muchacha, y una vez allí, el capitán, si no me engaño, no tendrá mucho empeño en cambiar de domicilio hasta por la mañana.

—Rema y calla—grité con rabia disgustado con las alusiones que tanto daño me hacían.

—¡Oh, ciertamente!—respondió con una mirada en que había más de rebelión que de obediencia.

Y al mismo tiempo hizo ademán de remar con más fuerza.

Ya estaba muy entrada la tarde, y mi compañía y yo suponíamos que debían ser las cuatro. No es fácil que pudiéramos estar de vuelta en la ciudad antes de la mañana; de ningún modo podía ser, como no fuésemos favorecidos por la luna, lo que no parecía muy probable, porque el cielo estaba ahora cubierto completamente, y lo mismo había estado hacia un par de horas.

Sería muy desagradable no poder volver en la misma noche, porque para una excursión tan corta como nosotros habíamos supuesto que sería la nuestra, no habíamos pensado siquiera en pedir licencia á nuestros jefes.

Hasta cierto punto yo tenía bastante independencia, por ser el oficial superior del destacamento estacionado en los Vigas; y por mí no me importaba mucho. Pero Crittenden tenía un capitán á quien obedecer, un verdadero militar, celoso de la disciplina y que, muy lejos de quedar satisfecho, se hubiera disgustado mucho con su subalterno, por semejante falta en el cumplimiento de su deber.

Nada podíamos hacer, sin embargo, y convencidos de esta verdad, nos propusimos no apurarnos más por lo que era del todo irremediable.

—¡Mire las chinampas!—gritó nuestro hombre.

Y mirando hácia en frente, vimos al fin los famosos jardines flotantes.

CAPÍTULO X.

LAS CHINAMPAS.

Una vez llegados con toda felicidad al término de nuestro viaje, todas las dudas acerca de la fidelidad de nuestro pensador se desvanecieron, ó por lo menos no nos ocupamos más de semejante cosa. Estábamos demasiado entusiasmados con la novedad del espectáculo que se presentaba á nuestra vista para pensar en nada más.

Y era en verdad bien nuevo. El bote se había parado en una extensión de agua que formaba un semicírculo, y que parecía tener cerca de una milla de diámetro. A lo largo, y en una forma casi regular, había algunas veintenas de pequeñas chozas que guardaban entre sí las mismas distancia, evidentemente

habitadas, puesto que salía humo de la mayor parte de ellas.

Conforme nos íbamos acercando pudimos observar que cada una estaba colocada en un pequeño terreno, como cabanas de labradores con sus jardines enfrente. Había allí también jardines; pero en vez de estar cercados por tapias de ladrillo, ó palizadas que los separasen entre sí, estaban divididos por brazos de agua de la misma anchura que el canal, y al lado de cada uno de ellos había un bote ó pequeña barca. En casi todas se veía á sus dueños moverse al rededor de las flores, de cuyo cultivo se ocupaban sin duda.

Por las puertas de las cabanas se veían, sentadas ó de pie, mujeres de todas edades, morenas, con pelo negro, sin más traje, la mayoría de ellas, que una falda escasamente sujeta á la cintura, y una camisa sin mangas, que apenas las cubría el pecho. Al rededor de ellas jugaban niños de ambos sexos, casi desnudos, cuya morena y suave cutis les daba todo el aspecto de pequeñas estatuas de bronce recién sacadas del molde.

Nuestro conductor nos había ya dicho que la chinampa de don Tito estaba al extremo del camino, y que teníamos que pasarlas todas ántes de llegar á ella.

Así lo hicimos, y mientras íbamos andando delante de las chozas, vi lo bastante para comprender todo lo que había oído acerca de estos curiosos jardines, que seguramente estaban á flote, no había la menor duda. Hasta el más pequeño movimiento de nuestro bote causaba una cierta ondulación en toda la línea, llegando las más próximas á moverse como se mueven los botes al pasar un gran barco cerca de ellos.

Al ver nuestra barca toda aquella gente, hombres, mujeres y chicos corrían hasta la orilla, y se quedaban mirándonos como si fuese un espectáculo enteramente raro para ellos. Yo, por mi parte, creí ver entre aquellas caras más de una que no me era desconocida, lo que era muy probable, puesto que la mayor parte de ellas eran jardineras y casi todas pasaban por el paseo de las Vigas cuando iban al mercado de Santo Domingo. No nos dijeron nada, sin embargo, ni nosotros nos prestamos tampoco á entrar en conversación con ellos, sino que, siguiendo nuestro camino, íbamos lo más cerca posible de la orilla de esta nueva Venecia.

Conforme nos acercábamos vimos una chinampa mayor que las otras, cuya choza tenía un aspecto algo más pretencioso; cosa muy natural, siendo la del alcalde.

—Esta es la que VV. buscan, caballeros — dijo el hombre del bote, señalando por cima de su hombro — los dejo á VV. en ella y les suplico á sus excelencias que me dispensen por un rato; tengo aquí un amigo hacia el otro extremo, con el cual deseo charlar un rato; supongo que no me necesitan en la chinampa, y casi — añadió con cierta intención — el capitán prefiere que me vaya.

—Puede V. irse donde quiera — dije cada vez más fustigado de sus habladerías. Hubiera añadido con gusto que su compañía me era bien desagradable;

pero la idea de que nuestra vuelta estaba en sus manos, me hizo contenerme. Además ya estábamos cerca del *palacio* donde vivía la Reina de los Lagos y eso me hizo contenerme.

— Gracias — me dijo — aprovecharé el bondadoso permiso de su excelencia.

— No deje V. de volver dentro de una hora, aunque tal vez estemos más tiempo.

— Una hora será muy bastante para mí, y ménos si así lo desea su excelencia.

— ¡Oh! puede V. bien tomarse la hora.

Habíamos llegado por fin á la chinampa, y habiendo acercado el bote saltamos fuera de él, poniendo el pié en aquel movedizo terreno, que temblaba sensiblemente con nuestras pisadas. En cuanto salimos del bote se despidió el pescador quitándose el sombrero y diciendo un «hasta luego» particular, que no sé por qué me disgustó.

Contento de verme libre de él, siquiera por un rato, no miramos el camino que había tomado. Nuestra atención era toda para la chinampa, en la cual todo era nuevo para nosotros.

Sólo podía verse la parte superior de la choza, por estar el resto cubierto completamente de plantas y juncos de todas clases. No se oía ruido alguno; no se veía nada. Creímos al principio oír algunas voces; pero resultaron ser de un loro, el cual entre otras varias exclamaciones, repetía á cada instante: ¡Lora, Lora, Lora, Lora!

¡El nombre de ella!

Nos pareció aquel silencio muy particular, y más aun que nadie saliese á recibirnos; pero nuestro bote había hecho muy poco ruido con sus remos. El pescador había hablado bastante bajo al marcharse, y tal vez estaban en la parte interior y no nos habían oído; quizá estaría toda la familia fuera visitando algunos amigos de las chinampas. Aunque esto último no era muy probable, puesto que que las habíamos pasado todas para llegar hasta allí, y si hubieran estado nos hubieran visto y hubieran ido á su casa para recibirnos.

Era más natural que estuviesen dentro de la choza. Desde donde desembarcamos no había más que algunos pasos de distancia para llegar á las flores, y sin pensar en más nos dirigimos á ellas. Todo era allí vegetación y fragancia. Hermosos capullos de todas clases, y sin embargo, estábamos en Diciembre. Al acercarnos más, el loro volvió á gritar: «¡Lora, Lora, Lora!»

Un perrillo salió de la casa, y al vernos empezó á gruñir. Otra vez más el enjaulado pájaro repitió aquel nombre que le era tan familiar; pero con más energía y seguido de una serie de gritos. Pero ahora una voz más suave vino á mezclarse con las otras notas del pájaro; una dulce voz femenina que decía:

— ¿Qué te asusta así guacamaya mía? ¿Y tú, perrillo, por qué gruñes? Deben ser mi padre y mi hermano que vuelven, creo que he oído los remos; sí, aquí están.

En este momento llegábamos á la puerta mi compañero y yo; estaba abierta, y mirando por ella vimos el interior de la choza. Presentaba un espectaculo

lo interesante por demás. Reclinada, ó por mejor dicho, acostada en una hamaca, estaba la joven india con una pierna desnuda hasta la rodilla, que mecia negligentemente fuera de la hamaca. En un instante nos vió y corrió hacia nosotros, mirándonos con asombro y hasta con miedo, lo cual me desconcertó por completo, puesto que yo esperaba que me recibiera de una manera muy diferente. Pero había olvidado mi disfraz, y que tal vez no me había reconocido.

—Señorita—la dije—espero que nos dispensará usted el haber venido de este modo, sin haber avisado á V., pero....

—¿Oh, caballero!—exclamó interrumpiéndome—¿es V.?

El cambio que hubo en sus hermosas facciones fue un saludo mucho más elocuente de lo que podía expresarse con las palabras más amables. Porque aunque había siempre una cierta expresión de asombro en sus ojos, el miedo había desaparecido. Esta expresión, lejos de serme agradable me disgustó, porque no estaba en consonancia con la carta en que tan cariñosamente me invitaba. En resumen, el recibimiento no correspondía con el billete. Es verdad que había allí un tercero que era desconocido para ella. Consolándome con esto, iba á seguir disculpándome, cuando el ruido de los remos llegó á mis oídos. La joven exclamó saliendo fuera:

—Deben ser mi padre y mi hermano. ¡Oh, señor! ¿Cómo me alegro que vengan; ¿cómo hubiera yo podido entretener á VV. sin ellos?

Mis reflexiones no eran entre tanto de lo más agradable, ni comprendía nada de lo que pasaba: todo me parecía, por el contrario, confuso y raro. ¡Se alegraba de que su padre y su hermano viniesen! Esto era muy extraño recordando lo que decía el billete. No era yo de su misma opinión.

No venía más que uno de los dos; el hermano se había quedado en Chalco, donde había ido á sus negocios. La presentación al padre fué muy cariñosa, puesto que vió en mí al salvador de su hija en el canal, cuya historia sabía muy bien, y por lo que me hizo toda clase de ofrecimientos y cumplidos.

Después vinieron nuestras disculpas por habernos introducido allí de aquel modo, un poco brusco por cierto, con todo lo cual se pasó cerca de media hora. El indio, hombre todavía de mediana edad, tenía todo el aire y la presencia de un cacique. Así que se hubieron terminado las introducciones y disculpas nos invitó á participar de lo poco que podía ofrecernos. Invitación que aceptamos con mucho gusto, porque, á todo esto, teníamos un apetito voraz. Nos sentamos á una mesa, en la que había viandas de varias clases preparadas por una mujer que hacía las veces de cocinera.

Mientras íbamos despauchando los platos que nos ponían delante, compuestos en su mayor parte al estilo de la antigua cocina de Aztec, la conversación, como era natural, recayó en lo que era el objeto aparente de nuestra visita á las chinampas.

—¿Cómo están construidas?—pregunté á D. Tito, que estaba con nosotros, aunque no comía.

—Es muy sencillo—contestó.—Nada más sencillo, caballero; no hay más que verlas para comprenderlo. Cuando alguien quiere una chinampa empieza por hacer una zanja todo al rededor, como ve V. en esta isla; después, quitando los pedazos sueltos se llega al fondo, que está siempre lleno de cieno, al cual se saca y se coloca bien espeso sobre los junco y otras plantas, que mata en seguida. Cuando el cieno se seca no hay más que romperlo para hacer el mejor lecho para semillas, en el que crece todo, frutas, verduras ó flores.

—¿Pero no ponen VV. primero una base de palos ó ramas?

Yo pensaba, al hacer esta pregunta, en las explicaciones dadas por algunos historiadores y viajeros, de cuya verdad había siempre dudado.

—No por cierto—respondió el indio con la mayor sorpresa—el que hiciera tal cosa tendría más trabajo que beneficio, y además no serviría para el objeto. Una chinampa colocada de este modo se iría muy pronto al fondo con todo lo que hubiese sobre ella.

—¿Cómo es que las de VV. se sostienen á flote?

—Porque no están sostenidas en palos, sino en la misma *cinta*.

—¿Y qué es eso?

—Las raíces de las plantas que crecen en ellas, con las hojas y ramas de las que van muriendo, todas se van mezclando hasta formar una capa que llega á veces á tener tres pies de espesor. Le puedo enseñar á V. algunos trozos cortados que tienen cerca de cuatro pies. Los usamos para proteger las plantas jóvenes de los ardores del sol cuando es demasiado fuerte, y otras veces de las piedras cuando graniza.

Es una cosa tan ligera como el corcho, y por eso soporta tanto peso; además no se pudre nunca, como sucedería con una balsa de palos.

—¿Y por qué son las chinampas tan pequeñas y necesitan ese desagüe al rededor? ¿no sería lo mismo hacerlas mayores y en la misma *cinta*?

—Eso no podría ser, ¿de dónde sacaríamos el suelo para hacerlas, y de dónde el agua para nuestras plantas durante los muchos meses que no tenemos lluvia? Nosotros podemos siempre regarlas por los canales y sacar más barro del fondo. Esto es necesario para ir las sosteniendo, y si fuesen mayores no sería tan fácil.

La filosofía de los jardines flotantes era clara para mí desde este momento, ese problema que tanto había dado que pensar á los sabios, incomprensible áun hoy para ellos á pesar de haber pasado tres siglos y medio desde que Cortés y sus compañeros los vieron por primera vez al hacer la conquista de Tenochtitlan.

(Se continuará).

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LOPEZ.

Vitalis estaba muy abrigado con su zamarra y podía cubrir á *Joli-Cœur*, que al sentir la primera gota de lluvia corrió á ocultarse en su guarida. Pero los perros y yo, que no teníamos nada para protegernos, estuvimos calados hasta los huesos á los pocos minutos; al fin y al cabo podían los perros sacudirse de vez en cuando; pero como este procedimiento natural no era extensivo á mí, me veía obligado á caminar bajo un peso que me abrumaba, helándome al mismo tiempo.

—¿Te constipas fácilmente?—me preguntó mi amo.

—No lo sé; no recuerdo haberme constipado nunca.

—Está bien; decididamente hay algo bueno en tí. Pero no quiero exponerte sin necesidad; hoy no caminarémos más. Allá abajo hay un pueblo en el que vamos á dormir.

Pero no había posada en la aldea, y nadie quiso recibir á una especie de mendigo que llevaba en su compañía un muchacho y tres perros, tan llenos de cazearías unos como otros.

—Esta casa no es posada—nos decían.

Y nos daban con la puerta en las narices. De este modo íbamos de casa en casa, sin encontrar albergue.

¿Nos veríamos obligados á recorrer sin tomar descanso las cuatro leguas que nos separaban de Ussel? La noche se acercaba, la lluvia entumecía nuestros miembros y sentía que mis piernas se ponían duras como estacas.

¡Ah!; La casa de la tía Barberin!

Por fin, un aldeano, más compasivo que sus vecinos, nos hizo el favor de abrir las puertas de su alquería. Pero, ántes de permitirnos la entrada, nos impuso la condicion de no encender luz.

—Dadme vuestros fósforos—dijo á Vitalis;—os los devolveré mañana cuando os vayáis.

Por lo ménos teníamos un techo para guarecernos, y la lluvia no caería sobre nuestros cuerpos.

Vitalis era un hombre precavido que nunca se ponía en marcha sin llevar provisiones. En el morral que colgaba de sus hombros había una gran hogaza que partió en cuatro pedazos.

Entonces vi por primera vez de qué modo conservaba la disciplina en su compañía.

Cuando íbamos de puerta en puerta buscando posada, entró *Zerbino* en una casa y salió rápidamente

llevando una torta en la boca; Vitalis no dijo más que esto:

—Hasta la noche, *Zerbino*.

Ya no me acordaba de aquel robo, cuando en el momento de partir mi amo la hogaza, observé que *Zerbino* bajaba la cabeza.

Vitalis y yo estábamos sentados sobre dos laces de helechos; entre nosotros se hallaba *Joli-Cœur*; los tres perros se habían alineado delante; *Capi* y *Dolce* con los ojos fijos en los de su amo, y *Zerbino* con el hocico inclinado y las orejas bajas.

—Salga el ladrón de las filas—dijo Vitalis con voz de mando—y vaya á un rincón; esta noche se acostará sin cenar.

Inmediatamente abandonó *Zerbino* su sitio, se alejó arrastrando el cuerpo y fué á colocarse en el rincón señalado por la mano de Vitalis. Ocultóse por completo bajo un montón de helechos y no pudimos verle; pero oíamos que resollaba de un modo lastimero, dando pequeños suspiros ahogados.

Cumplida aquella sentencia, me alargó Vitalis mi ración de pan, y mientras él comía la suya, dividió en trocitos entre *Joli-Cœur*, *Capi* y *Dolce*, los pedazos que les había destinado.

En los últimos meses que viví con la tía Barberin, no estuve muy mimado ciertamente; sin embargo, me pareció el cambio un poco rudo.

¡Ah!; ¡Cuán agradable sería la sopa caliente que me preparaba todas las noches, aunque no tuviese manteca!

¡Con cuánto placer me hubiera acercado á la chimenea, envolviéndome en mis mantas y subiendo el embozo hasta la nariz!

Pero ¡ay! ya no había mantas, ni cobertores, y aun debíamos darnos por muy contentos de haber encontrado un haz de helechos.

Rendido por el cansancio, con los pies destrozados por los zuecos, templaba de frío bajo la ropa enteramente mojada.

No tardó en oscurecer el día, y sin embargo no pensé en dormir.

—Das diente con diente—me dijo Vitalis;—¿tienes frío?

—Un poco.

Me pareció que abría su zurron.

—No tengo un guardaropa bien montado—añadió;—pero aquí hay una camisa seca y un chaleco, con los que podrás cubrirte despues de quitarte esos

vestidos empapados de agua; luego te introduces en los helechos y no tardarás en entrar en calor y dormirte.

Sin embargo, no me calenté tan pronto como creía Vitalis; largo tiempo estuve revolviéndome en el

rústico lecho, sin que los dolores y la tristeza me permitiesen conciliar el sueño.

¿Sucedería lo mismo los demás días? ¡Caminar sin descanso, á pesar de la lluvia, dormir en una grutja, temblar de frío, no tener más que un pedazo de pan



Salga el ladrón de las filas — dijo Vitalis.

para restaurar las fuerzas, no ver á ningún ser querido, á nadie, ni á la tía Barberin!

Mientras reflexionaba tristemente, con el corazón apretado y los ojos llenos de lágrimas, sentí que un soplo tibio me rozaba la cara.

Extendí la mano hácia delante y tropecé con el lanoso pelo de *Capi*.

Se había acercado muy despacio, avanzando con precaución sobre la hojarasca de los helechos; resollaba cuidadosamente y su aliento se deslizaba sobre mis mejillas y mi cabello.

¿Qué quería?

No tardó en recostarse sobre los haces, cerca de mí, empezando á lamermé la mano de una manera muy delicada.

Conmóvido por aquellas caricias, me incorporé un poco y abracé su helado hocico.

Dió un pequeño y ahogado grito, puso su pata en mi mano y no se movió.

Entonces olvidé el cansancio y los pesares; mi garganta contraída experimentó gran alivio, respire; ya no estaría nunca solo, ya tenía un amigo.



Ya tenía un amigo

CAPÍTULO VI.

MI ESTRENO.

Al día siguiente nos pusimos en marcha muy temprano.

Ya no llovía; el cielo ofrecía un hermoso color azul, y gracias al fuerte viento que había soplado du-

rante la noche, estaba el barro endurecido. Cantaban alegremente los pajarillos ocultos en las malezas y los perros corrían haciendo cabriolas en torno nuestro. De vez en cuando, se levantaba *Capi* sobre sus patas traseras y me dirigía al rostro dos ó tres ladridos cuya significación comprendía yo perfectamente

— ¡Animo, ánimo! me decían.

Era un perro muy inteligente que sabía entenderlo todo y hacerse entender. Muchas veces he oído decir que no le faltaba más que el dón de la palabra. Pero nunca he participado de esa opinión. En su cola había más ingenio y elocuencia que en la lengua y en los ojos de muchas personas. Después de todo, nunca hemos necesitado al y yo de la palabra; desde el primer día nos hemos entendido sin dificultad alguna.

Como nunca había salido de mi aldea, tenía vivos deseos de saber lo que era una ciudad.

Pero debo confesar que Ussel no me deslumbró. Sus vistosas casas, coronadas por torrecillas, que indudablemente harán las delicias de los arqueólogos, no me causaron más que indiferencia.

Es verdad que en aquellas casas no buscaba el aspecto pintoresco.

Una idea ocupaba mi cerebro y oscurecía mi vista, o por lo ménos no me dejaba ver más que una cosa: una tienda de zapatero.

Había llegado la hora de ponerme mis zapatos, los zapatos prometidos por Vitalis.

¿Dónde estaba la bienhechora tienda que había de proporcionármelos?

La tienda era lo que yo buscaba ansiosamente; lo demás, torrecillas, ojivas, arquivoltas, columnas, no tenía para mí el más mínimo interés.

Esta es la causa de que el único recuerdo que conservo de Ussel sea el de una tienda oscura, anegrecida por el huro, situada cerca del mercado. Delante de su puerta había una especie de escaparate cubierto de fusiles, un uniforme galoneado en las costuras y con charreteras de plata, muchas lámparas, y en algunas estatuas, cantidad de ferretería, especialmente candados y llaves empuñadas.

Había que bajar tres escalones para entrar á un gran aposento en el cual seguramente no penetró jamás la luz del sol desde que se puso la armadura del tejado.

¿Sería posible que una cosa tan bella como unos zapatos se vendiese en un sitio tan repugnante?

Sin embargo, Vitalis sabía muy bien lo que se hacía al ir á aquella tienda, y bien pronto tuve el placer de calzarme unos zapatos con tachuelas que pesaban como diez veces los zapatos.

La generosidad de mi amo no se limitó á esto; después de los zapatos me compró una chaqueta de veludillo azul, un pantalón de lana y un sombrero de fieltro; en una palabra, todo lo que me había prometido.

¡Veludillo para mí, que nunca me había vestido sino de lienzo; zapatos, un sombrero para quien no se cubrió jamás la cabeza sino con sus cabellos; decididamente era el mejor hombre del mundo, el más generoso y el más rico.

Verdad es que el veludillo estaba rozado; la lana estropeada; también es cierto que era muy difícil saber cual había sido el primitivo color del fieltro, tal era la cantidad de polvo y agua que tenía; pero, deslumbrado por tantos esplendores, no me producian sensación los desperfectos que se ocultaban bajo su brillo.

Andaba en deseos de ponerme aquel hermoso traje;

pero ántes de darmele sufrió tan gran trasformación en manos de Vitalis, que me produjo triste asombro.

En cuanto volvimos á la posada sacó unas tijeras de su merral y cortó las dos piernas de mi pantalón á la altura de las rodillas.

Viendo que yo le miraba con espantados ojos:

—Esta operación tiene por objeto—me dijo—que no te parezcas á nadie; estamos en Francia y te visto de italiano; si nos hallásemos en Italia, lo cual sería muy posible, te vestiría de frances.

Como aquella explicación no me sacase de mi asombro, continuó diciendo:

—¿Qué somos? artistas, ¿no es cierto? Cónvocaos que por su solo aspecto deben excitar la curiosidad. ¿Crees tú que si fuésemos á la plaza pública vestidos como los habitantes de las ciudades ó como los campesinos, obligáramos á las gentes á mirarnos y á detenerse á nuestro alrededor? De ninguna manera. No debes ignorar que en la vida es indispensable la apariencia; esto es enojoso, ya lo sé, pero no podemos nada contra ello.

He aquí de qué modo, siendo frances por la mañana, me convertí en italiano ántes de llegar la noche.

El pantalón me llegaba á la rodilla; Vitalis sujetó mis medias con unos cordones encarnados que se cruzaban en torno de las piernas; en el sombrero dispuso varias cintas y le adornó con un ramillete de flores artificiales.

No sé lo que pensarían los demás al verme; pero si he de decir la verdad debo confesar que al mirarme me parecía hermoso, y así debía ser, porque mi amigo *Capi* me alargó su mano con aire satisfecho después de contemplarme atentamente.

La aprobación de *Capi* al cambio que había experimentado me fué muy grata; porque mientras me colocaba los nuevos vestidos, se había instalado *Sole-Cœur* delante de mí copiando mis movimientos y exagerándolos con mucha gracia. Terminada la operación se puso en jarras y echando hácia atrás la cabeza, comenzó á reír, dando pequeños y burlones gritos.

He oído decir que una de las más interesantes cuestiones científicas era la de saber si los monjes roían. Me parece que los planteadores de este problema son sabios de gabinete que no se han tomado el trabajo de estudiar al mono. En cuanto á mí, que he vivido largo tiempo en la intimidad de *Sole-Cœur*, puedo afirmar que se reía, y con frecuencia me mortificaban sus risitas. Sin embargo, su manera de reír no se parecía enteramente á la del hombre. Pero cuando un sentimiento cualquiera provocaba su alegría, se replegaban las comisuras de sus labios; plegábanse sus párpados, se agitaban rápidamente sus mandíbulas y sus negros ojos parecía que lanzaban llamas como cuando se sopla los carbones encendidos.

Además, pronto tuve ocasión de observar en él esos signos característicos de la risa, en condiciones bastante enojosas para mi amor propio.

—Ya que he concluido tu vestuario—dijo Vitalis después que me hubo puesto el sombrero—vamos

á comenzar nuestro trabajo, con el objeto de dar mañana, día de mercado, una gran representación en la que tú te estrenarás.

Pregunté á Vitalis qué significaba *estrenarse* y me explicó que era presentarse por primera vez delante del público para desempeñar un papel de comedia.

—No tardaremos en dar nuestra primera representación—dijo—y tu figurarás en ella. Es preciso que te haga ensayar el papel que te destino.

La sorpresa que se debió pintar en mi semblante lo hizo comprender que no le entendía.

—Se llama papel lo que tienes que hacer en esta representación. Si te llevo en mi compañía no es úni-

camente para procurarte el placer de dar un paseo. No soy bastante rico para poder hacerlo, y por otra parte, debes trabajar. Tu obligación consistirá en representar comedias con mis perros y con *Joli-Cœur*.

—¡Pero yo no sé representar comedias!—exclamé asustado.

—Precisamente por eso es por lo que quiero enseñarte. Ya comprenderás que no es natural en *Capi* andar graciosamente apoyándose en sus patas traseras, así como no es por gusto suyo por lo que *Dolce* baila en la cuerda. *Capi* ha aprendido á tenerse en pié, y *Dolce* lo mismo; uno y otro han necesitado trabajar mucho y por largo tiempo para adquirir esas



MI amigo (*Capi*) me alargó su mano.

habilidades y las más importantes de ser excelentes actores. Pues bien; tú debes trabajar de igual manera para aprender los diferentes papeles que has de representar con ellos. Vamos á dar principio á los ensayos.

En aquella época tenía yo ideas muy rudimentarias del trabajo. Creía que para trabajar era preciso cavar la tierra, hendir un árbol ó picar la piedra, y no sabía más.

—La obra que vamos á representar—continuó Vitalis—se titula *El Criado de M. Joli-Cœur* ó *El más animal de los dos no es el que se crea*. Hé aquí el argumento: *M. Joli-Cœur* ha tenido hasta hoy un criado del cual está muy contento; ese criado es *Capi*. Pero *Capi* va siendo viejo, y por otra parte *M. Joli-Cœur* quiere tener un criado nuevo, *Capi* se encarga de proporcionárselo. Pero no le dará un perro por sucesor; éste será un jóven aldeano llamado Rémi.

—¿Como yo?

—No; no como tú, sino tú mismo. Tú llegas de tu pueblo para entrar al servicio de *M. Joli-Cœur*.

—Los monos no tienen criados.

—En las comedias si los tienen. Tú llegas, y monsieur *Joli-Cœur* conoce que tienes aspecto de estúpido.

—Eso no es muy divertido.

—¿Y qué te importa puesto que hace reír? Ade-

mas, figúrate que verdaderamente llegas á casa de un señor para ser criado suyo y que te mandan, por ejemplo, poner la mesa. Hé aquí, por casualidad, una que debe servir para nuestra representación. Adelántate y pon el cubierto.

En aquella mesa había platos, un vaso, un cuchillo, un tenedor, manteles y servilletas.

¿Cómo se arreglaría todo aquello?

Al verme perplejo, con los brazos caídos, inclinado hácia delante, con la boca abierta y sin saber por donde empezar, comenzó mi amo á aplaudir estruendosamente.

—¡Bravo—dijo—Bravo! Lo haces á la perfección. El juego de tu fisonomía es excelente. El chico que tenía antes que tú adoptaba una cara de tajuado, y su aspecto decía bien á las claras: «Vais á ver cómo represento á un bruto.» Tú no dices nada, lo eres; tu sencillez es admirable.

—No sé lo que he de hacer.

—Por eso digo que vales mucho. Mañana, dentro de algunos días, sabrás de una manera maravillosa lo que debes hacer. Entónces será preciso recordarte el apuro en que ahora te hallas y fingir lo que no sientas. Si puedes volver á tomar ese aspecto y esa actitud, te predigo un éxito brillante. ¿Qué es tu personaje en mi comedia? Un jóven aldeano que nada ha visto y nada sabe; llega á casa de un tío y ve que

es más ignorante y más torpe que el mono mismo; de este hecho sacó mi segundo título: *El más bruto de los dos no es el que se cree*. Ser más bruto que *Joli-Cœur*, hé ahí tu papel; para interpretarle con perfección no tendrás que hacer otra cosa sino lo que estás haciendo en este instante; pero como esto es imposible, deberás recordar lo que has sido y deberás apañar mediante un esfuerzo del arte, como no serás entonces naturalmente.

El criado de *M. Joli-Cœur* no era una gran comedia y su representación no pasaba de unos veinte minutos. Pero el ensayo duró cerca de tres horas, pues Vitalis nos hacia volver á empezar diez veces la misma cosa tanto á mí como á los perros.

Éstos, en efecto, habían olvidado algunos detalles de su papel y era preciso enseñarlos de nuevo.

En aquella ocasión quedé muy sorprendido al ver la paciencia y la dulzura de mi amo. No eran tratados de aquella manera los animales de mi aldea con los que sus dueños no empleaban otro procedimiento de educación más que los juramentos y los golpes.

En cuanto á Vitalis, en el largo tiempo que duró aquel ensayo, no se incomodó ni una sola vez ni lanzó juramento alguno.

—Vamos, empecemos de nuevo—decía con severo acento, cuando sus discípulos no ejecutaban bien sus órdenes;—eso está muy mal, *Capi*, no prestáis atención; *Joli-Cœur*, voy á reprenderos.

Esto era todo; sin embargo, era bastante.

—Y ahora—me dijo cuando terminó el ensayo—¿crees que te acostumbrarás á hacer comedias?

—No lo sé.

—¿Te fastidias?

—No; esto me divierte.

—Entonces todo va bien; tú tienes inteligencia, y lo que es más precioso todavía, atención; con esta cualidad, y siendo además dócil, se alcanza todo. Ahí tienes mis perros, y compáralos con *Joli-Cœur*. Quizás tenga éste más viveza y más inteligencia; pero es menos dócil. Aprende fácilmente lo que se le enseña, pero lo olvida al punto. Por otra parte, nunca hace con gusto lo que se le manda; de buena gana se subleva, y siempre manifiesta el afán de contrariar. Eso depende de su misma naturaleza, y como lo conozco no lo reprendo; el mono no tiene, como el perro, la conciencia del deber, y por esta causa es inferior á él. ¿Entiendes esto?

—Me parece que sí.

—En ese caso, te recomiendo que seas muy dócil, hijo mío, que prestes atención, y que hagas con buena voluntad lo que yo te mande. ¡En la vida todo depende de eso!

Me atreví á decirle que lo que más me había sorprendido en aquel ensayo era su paciencia inalterable, tanto con *Joli-Cœur* y con los perros como conmigo.

Sonrióse dulcemente:

—Bien se conoce—me dijo—que has vivido con labriegos que tratan mal á sus animales, y creen necesario estar siempre con el palo levantado sobre ellos.

—La tía Barberin era muy dulce con nuestra vaca *Rousette*—le contesté.

—Tenta razón. Eso me da buena idea de la tía Barberin; indudablemente sabía lo que ignoran muchas gentes del campo, y es que se alcanza poco por medio de la brutalidad, mientras se consigue todo por la dulzura. Yo puede decir que he logrado educar á mis animales no enfadándome nunca con ellos. Si los hubiese pegado estarían amedrentados, y el terror paraliza la inteligencia. Si me dejase llevar con ellos de la cólera, no sería yo mismo lo que soy, y no hubiera adquirido esta paciencia á toda prueba que me ha conquistado su confianza. El que instruye á los demás se instruye á sí mismo. Mis perros me han dado tantas lecciones como las que de mí han recibido. Yo he desarrollado su inteligencia y ellos me han formado el carácter.

Parecióme tan extraño lo que oía, que me eché á reír.

—¿Te admiras de que un perro dé lecciones á un hombre? Sin embargo, es verdad. Reflexiona un poco. ¿Admites que un perro comprenda la influencia que sobre él ejerce su amo?

—¡Oh! seguramente.

—En ese caso, comprenderás que el amo está obligado á vigilarse él mismo cuando emprende la educación de un perro. Figúrate por un momento que al instruir á *Capi* me entregue yo á la cólera y al arrebató. ¿Qué hará *Capi*? Adquirirá la costumbre de encolerizarse también; es decir, que, imitando mi ejemplo, agriará su carácter. El perro es casi siempre el espejo de su amo; quien ve al uno, ve al otro. Enseñame tu perro y te diré quien eres. El bandido tiene un perro vil; el ladrón, un ladrón; el campesino sin inteligencia, un perro grosero; el hombre afable y bien educado, un perro cariñoso.

Mis compañeros los perros y el mono tenían sobre mí la gran ventaja de estar acostumbrados á presentarse en público; de manera que vieron llegar el siguiente día sin temor alguno. Para ellos se trataba de hacer lo que ya habían hecho ciento, mil veces quizás.

Pero yo no tenía su tranquila confianza. ¿Qué diría Vitalis si yo desempeñaba mal su papel? ¿Qué dirían nuestros espectadores? Esta preocupacion turbó mi ánimo, y cuando conseguí dormirme vi en sueños una multitud de gente que se apretaba los ijares á fuerza de reirse á costa mía.

Por esta causa mi emocion era muy viva, cuando al día siguiente por la mañana dejamos la posada para trasladarnos á la plaza, donde debía verificarse nuestra primera representación.

Vitalis abría la marcha, con la cabeza levantada, el pecho sacado, marcando el paso con los pies mientras tocaba un vals en un pifano de cobre. Detrás de él marchaba *Capi*, en cuyo lomo se pavoneaba *M. Joli-Cœur*, vestido de general inglés, con casaca y pantalón rojos galoneados de oro, y un sombrero tricorno terminado por un gran plumeró. Luego, á respetuosa distancia, seguían caminando en la misma línea *Zerbino* y *Dolce*. Por último, yo formaba la cola del séquito que, gracias á los intermedios citados, ocupaba un gran espacio en la calle.

Lo que llamaba la atención, además de la pompa

de nuestro desfile, eran los penetrantes sonidos del pífano, que llegaban hasta el fondo de las casas para despertar la curiosidad de los habitantes de Ussel. Todos acudían á las puertas para vernos pasar, y las cortinas de las ventanas se levantaban con presteza.

Algunos niños seguían nuestros pasos; varios aldeanos, llenos de asombro, se habían unido á ellos, y cuando llegamos á la plaza íbamos rodeados de un verdadero séquito.

Nuestro teatro estuvo levantado en un momento;



Vitalis abrió la marcha.

como que consistía sencillamente en una cuerda atada á cuatro árboles, de modo que formaba un rectángulo, en cuyo centro nos colocamos.

La primera parte de la representación consistió en diferentes ejercicios por los perros; no puedo especificar cuáles eran dichos ejercicios, porque estaba ensayando mi papel y me hallaba turbado por la inquietud.

Tan sólo me acuerdo de que Vitalis dejó su pífano reemplazándole por un violín, con el cual acompañaba los ejercicios de los perros, ya ejecutando música

de baile, ya arrancando del instrumento dulces y tiernas melodías.

La multitud se agolpó en seguida junto á nuestras cuerdas, y cuando miré en torno mio, más bien maquinalmente que con intención determinada, vi una infinidad de pupilas fijas sobre nosotros, y que parecían proyectar ardientes rayos.

(Se continuará.)

INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA

POR D. JOSÉ MORENO FUENTES.

II.

Seguía al digno conrtramaestre en orden jerárquico inverso el pilotín, joven de diez y ocho años, huérfano de padre y madre, y tan adicto á D. Félix Ballestá, como que desde muy niño fué recogido por él, pues el autor de sus días, antiguo marinero de don Baltasar, así se llamaba el padre de D. Félix, murió en un viaje á los mares del Sur dejándole de muy corta edad.

El muchacho era inteligente, simpático y de expresivos ojos.

Continuando en el mismo orden seguía al aprendiz de piloto el que hacía las veces de segundo conrtramaestre; llamábase Tomás á secas, era inteligente en su oficio, hablaba por los codos, y nadie más que él, según de ello se jactaba á todas horas, era tan entusiasta y decidido servidor de todos los Ballestas, habidos y por haber.

Fornido, rehecho, osado en el peligro, no solía mirar al semblante de sus interlocutores cuando hablaba, por lo que, prescindiendo de su rara verbosidad, hacíase un sí es no es antipático á sus camaradas.

Tras éste figuraban los guvieron Córcoles y el *Perchelero*; llamábase éste así porque había nacido en el barrio del Perchel, en la ciudad de Málaga. Bullicioso y alegre siempre como unas pasotas, hacía con su guitarrillo y sus canciones las delicias de la gente de á bordo. Donde se encontraba, acalábanse todas las penas, según suele decirse, y tanto él como su compañero Córcoles eran marineros que sabían su obligación como el más píctado.

Si alegre y expansivo era el *Perchelero*, no se quedaba á la zaga Córcoles, si bien parecía más serio y reflexivo por tener siempre ocupada la boca con un trazo de negro tabaco de Virginia, que masticaba y saboreaba con delicia, como si fuese lo más delicioso del mundo; había adquirido esta costumbre navegando en algunos buques ingleses y norte-americanos.

Es cosa por demás sabida que en la tripulación de todo buque se encuentra por lo común un marinero que, con tono doctoral y campanudo, poseído siempre de cónica gravedad, mete su cuarto á espadas en todas las cuestiones que ante él se suscitan.

Este tipo *sal género* estaba representado á bordo de la corbeta *Algéciras*, por un marinero alto, seco, «pergaminado, de canosas patillas y malicioso. Pusieronle en sus mocedades el mote de *Carga-juanetes*, porque constituía en aquel tiempo su mayor delicia encaramarse á las crucetas del mastelero de juanete, y pasarse por ellas como pudiera hacerlo por los es-

paciosos muelles de la Habana ó de cualquiera otro puerto.

Supongo que habrá alguna exageración en el hecho; consta, pues, que no respondo de su absoluta certeza.

Seguía al sentencioso marinero aquel negrazo que con un baul sobre su robusta espalda conociste, lector amigo, en el primer capítulo de esta desaliñada narración. Llamábase José y era natural del país de los mandingas en las abrasadas tierras de África.

Hecho prisionero por una tribu enemiga de la suya, fué vendido poco tiempo después á un capitán negro, que le llevó como esclavo con otros muchos á la isla de Cuba. Adquirióle un estanciero (1) ya entrado en años, y hombre de tan recto espíritu, que al ocurrir su fallecimiento dió libertad á todos sus esclavos.

Libre ya de su pesada servidumbre ingresó el africano, como cocinero, en la corbeta *Algéciras*; en ella navegaba desde seis años atrás, y tan bien hullado se encontraba con su suerte, que por nada del mundo la hubiese cambiado.

Es personaje de gran importancia en la tripulación de un buque el maestro de cocina. El negro José, por su genialidad siempre placentera, era en alto grado querido de la gente de á bordo, que le designaba con el epíteto de *moestro Pimentón*, porque en todos sus experimentos culinarios abundaba quizás excesivamente aquella roja sustancia.

Era íntimo camarada de *Pimentón* Juan Perez Calafate, carpintero á bordo de la corbeta, y hombre muy ducho en las faenas de su oficio, pues plantaba un remiendo en la carena de un buque con la misma soltura y perfección con que el zapatero de portal ceba tapas y medias suelas en un par de zapatos viejos.

Todos los días, poco después de amanecer y de haberse realizado el baldeo del buque, cuando permanecía aún la cubierta llena del agua del mar, Juan Perez Calafate dirigíase paso entre paso en busca de su amigo *Pimentón*, á quien siempre encontraba al rededor de sus hornillos y limpiando sus cacerolas. Apenas le avistaba el negro echábase á reir enseñando su doble fila de blancos dientes, porque conocía sobradamente el oculto móvil que llevaba á su camarada á buscarle tan temprano.

Era el nuestro carpintero de más alta estatura que el africano, si bien no tan rehecho y fornido como éste. Apenas llegaba al lado de *Pimentón*, poníale una mano sobre el hombro, y con marcado acento

(1) *Estanciero*: el dueño de estancias, haciendas de caña.

andaluz y compungido rostro le espetaba todos los días, con ligeras variantes, el siguiente discurso, como por vía de apremio :

—Ya sabes, famoso *Pimenton*, que si no fuera por el chirúmen que te ha dao el dios de tu raza, que debe ser más negro que la pez, si es que tú saliste á imágen y semejanza suya, que tu probe camaraila Calafate sería á estas horas pasto de los pejes que llenan

la mar, si tú no me dices todas las mañanas esa sabrosa melecina, que me arranca del pulmon y del garguero puñaos de filástica, y del sentío toda clase de penas. Conque, vamos, mediquillo de mis entrañas, dame una copita de lo que rasca, y podré ir tirando, sin estirar la pata, otras veinticuatro horas.....

El negro escuchábalé siempre riéndose con cuanta



Arrollada bajo la masa líquida.....

bocaza le había dado el autor de todas las cosas, y poco tiempo despues servía á su amigo un vaso de aguardiente, y él se propinaba otra ración, á fin de no dejarle solo en tamaña empresa.

III.

Bien sabes, discreto lector, que con la apariencia y el traje de grumete, hacia las veces de tal á bordo de la *Algeciras*, una jóven de agraciado semblante, á quien raras accidentes de la vida habían colocado en aquella extraña y casi casi insostenible situación.

Tampoco ignoras que eran miembros importantes á bordo de la corbeta, aunque no figuraban apuntados

en el rol, *maese Pedro*, el orangutan, y el perro de muestra, que respondía al nombre de *Urdemalas*, con que le habían bautizado los marineros.

Fué cogido el mono en su infantil edad en la isla de Borneo por un malayo que, mediante cinco piastras le cedió al capitán Ballesta. Quiso éste aver guar hasta dónde podía la educación desenvolver la inteligencia de aquella criatura tan semejante al hombre, y todo el tiempo de que podía disponer en sus largos viajes, empleábalo en domesticar á *maese Pedro*. A fin de obtener mejores resultados en su experimento fisiológico, hizole castrar; y ésta dolorosa operación fué tan favorable á sus intentos, como que por ella

dulcificóse notablemente la ingénita ferocidad del cuadrumano.

A fuerza de tiempo, trabajo y paciencia consiguió hacer el capitán de *maese Pedro* un sér dotado de inteligentes aptitudes, si no superiores, iguales cuando ménos á las que poseen muchos individuos que figuran en los últimos límites de la gran familia humana.

Advierte, lector amigo, que, temiendo herir tu sus-

ceptibilidad, si eres por acaso de los que creen en el origen superior y casi divino del hombre, me he concretado en el anterior supuesto á la fórmula más asequible al orgullo humano.

No me fuera, en verdad, cosa difícil demostrarte, sin recurrir á anfibologías de ninguna especie, que aquel orangutan sumiso y obediente, comprendiendo á su amo sólo con el gesto ó la acción; sirviéndose en



Dame una copita de lo que mesca....

la mesa del cubierto, de la servilleta y de las pinzas para tomar el azúcar con que endulzaba su café, desempeñando á bordo, con una fuerza y una energía que nadie igualaba, las más rudas faenas; vigilante, atento siempre á cuanto en la corbeta ocurría, *maese Pedro*, repito, comparado con ciertos hombres salvajes, que ni áun saben proveer á las más perentorias necesidades, poseía mayor suma de inteligencia y racionalidad que ellos.

IV.

En la época en que empiezan á desenvolverse los sucesos de esta historia, hacía ya ciento cuarenta y

seis años que los ingleses dominaban en el peñón de Gibraltar, situado en el extremo meridional de la península ibérica.

No debe, en verdad, envanecerse Inglaterra por la posesion de aquel pedazo de tierra española; instalóse en él por un acto de felonía, muy propio de un país que nunca se ha detenido en barras para apropiarse lo ajeno, siempre que á su espíritu de rapiña y usurpacion ha convenido.

Ni en la conquista de Gibraltar le cabe tampoco mayor gloria, porque realizóse aquel hecho por las fuerzas combinadas de Holanda é Inglaterra, y porque, aunque ésta hubiese sola acometido la empresa,

no existe honor alguno, ni es digno siquiera de que se consigne en la Historia que una poderosa escuadra anglo-holandesa, compuesta de 57 navios de alto bordo, 2,710 cañones y 20,000 hombres, se apoderase de una plaza, cuyas fortificaciones se encontraban por tierra, desmontadas sus baterías, completamente desprovistas de municiones sus almacenes, y contando solo por toda guarnición con *sesenta soldados y seis artilleros*.

Gibraltar se rindió, cuando 3,000 alemanes y 700 ingleses tomaron posiciones en tierra, y la flota de la Gran Bretaña despidió contra la ciudad 15,000 balas de grueso calibre. El 1.º de Agosto de 1704 presentáronse los enemigos en las aguas gibraltareñas, y desde aquel instante empezaron el asedio de la plaza.

El día 4, temiendo su gobernador, D. Diego de Salinas, que los indefensos moradores de la población sufriesen las terribles consecuencias de un asalto sin ningún resultado ventajoso, decidióse á capitular honrosamente, bajo la base de que se respetarian las vidas y haciendas de los españoles.

Los ingleses aceptaron y suscribieron la capitulación; pero apenas entraron en la plaza, faltando á sus solennes compromisos, ent egáronse á todos los horrores del pillaje y el saqueo; ésta fué su primera hazaña en su vergonzosa conquista de Gibraltar.

Pero su indignidad mayor púsose despues en evidencia. Eran jefes de las fuerzas anglo-holandesas el Príncipe de Darmstadt y el almirante inglés Sir Jorge Rooke. La misión de la escuadra combinada estaba solemnemente precisada y definida en los pactos suscritos al efecto; su objetivo era auxiliar las pretensiones del archiduque D. Carlos de Austria, al trono español; y en este concepto, por el combalio al emprender la conquista de Gibraltar.

Tal pensaba el Príncipe de Darmstadt con la mejor buena fe del mundo, pero olvidábase de que sus aliados eran gentes para quienes la lealtad solia ser letra muerta en determinados casos.

Al posesionarse de la plaza, pretendió el príncipe alemán proclamar en ella la soberanía del archiduque D. Carlos; mas con harta sorpresa de su parte, advirtió que el almirante inglés, no sólo se oponia á sus propósitos, sino que declaraba con la mayor frescura que desde aquel instante el peñon de Gibraltar era propiedad legítima de Inglaterra.

Esta fué la segunda y más vergonzosa hazaña de los ingleses en su mal llamada conquista de aquella plaza.

- ¡ Ah! bien dijo el poeta al exclamar:
 ¡ Oh, mundo falso, de maldades lleno!
 ¡ Robar es malo y conquistar es bueno!

CAPÍTULO VIII.

LA FAMILIA BALLESTA.—EL NIÑO SEÑOR.—BALTASAR.
 —ESPÍRITU DE CONTRADICCIÓN.—ANGLOMANÍA.

I.

Tan intolerable se hizo el yugo inglés á los españoles avocindados en Gibraltar, que muchos de ellos abandonaron de *motu proprio* sus lugares, y se establecieron en otras poblaciones; fueron éstas, Algeci-

ras, San Roque y los Barrios. Entre las familias emigrantes se encontraba la de Ballesta; sus representantes eran ricos y gozaban de gran influencia en la provincia.

Con harta pesadumbre salieron los Ballesta de su población natal; pero entre su amor á la raza de que formaban parte y el yugo extranjero, no fue para ellos dudosa la elección. Estableciéronse en Algeciras con un gran almacén de ranchos y jarcia para buques; también desde mucho tiempo atras venían distinguiéndose en la familia algunos de sus miembros, como valientes y experimentados marinos.

Los años trascurrieron con pasmosa rapidez, sin que perdiesen los Ballesta la esperanza de volver algun día á sus antiguos hogares. Dueños en Gibraltar de varias fincas urbanas, no habian querido desahucarse de ellas, en la perspectiva de que España reivindicase alguna vez, con el onbuesto peñon, la integridad de su territorio.

Para los Ballesta éste era su más halagador deseo.

Tomaron, pues, parte activa en cuantas empresas tuvieron desde entonces por objeto recobrar aquel pedazo de tierra; mas la fortuna no favoreció en este asunto las intenciones de España. Sin embargo, cuanto más tiempo, con mayor pena y enojo contemplaban sus hijos que en el extremo meridional de la antigua Iberia flamea orgulloso un pabellon extranjero.

II.

Estrecha union había existido siempre entre los miembros de la honrada familia á que hago referencia. Sucedianse unas á otras las generaciones, y los Ballesta permanecían ligados, como desde dos siglos atras, con los más afectuosos y fraternales vínculos.

Pero en ningún apostolado falta un Judas, segun supone el popular axioma; y hé aquí que en los comienzos del siglo actual, hallábase representada la familia Ballesta, en su parte masculina, por un respetable anciano y dos hijos suyos de corta edad; el segundo de éstos, ó sea el que ménos años contaba, llamábase Juan, y desde la infancia empezó á dar ostensibles muestras del más tenaz y atrabilario carácter.

Objeto preferente de su animadversión era á todas horas su hermano Baltasar; procuraba mortificarle y producirla disgusto por cuantos medios le sugeria en dañada intención.

Espíritu batallador y oposicionista, dejábase arrastrar por el influjo de su especial idiosincrasia, sin parar mientes en las consecuencias que de su proceder dimanasen. Aborrecer lo que su familia amaba, adorar lo que ésta aborrecía, mostrarse contrario á ella, aun en las cosas más triviales, éstos eran los íntimos goces de aquella extraña criatura.

Su anciano padre y su hermano mayor procuraban, á fuerza de benevolencia y dulzura, modificar en lo posible aquel indómito carácter; mas esta plausible conducta obtenia, desgraciadamente, resultados negativos. El biliioso temperamento del jóven se enardecía ante la aquiescencia que daban á sus excentricidades los más interesados en reprimirlas; hubiese preferido que su padre y su hermano la con-

trastearan para redargüirles y mostrarse en abierta hostilidad con ellos.

Con el tiempo, lo que en un principio fué sólo un detalle de su contradictoria genialidad, convirtióse despues para su hermano en ódio inextinguible.

Para rivalizar con éste, habia adoptado la carrera de piloto, y despues de navegar algun tiempo, á fin de hacer prácticamente su aprendizaje, el autor de

sus dias, apenas le vió en aptitud de mandar un buque, armó para él un bergantin, del propio modo que lo hizo ántes con su hermano, y le confió el mando de él.

Baltasar Ballesta era ya un marino probado en los azares de la navegacion, cuando su hermano Juan empezó á surear por vez primera las azules ondas de los mares como capitán de un buque.



Baltasar Ballesta impresionaba agradablemente.

III.

Trascurrieron algunos años, y el perenne curso del tiempo no modificó en nada el atrabiliario carácter de Juan Ballesta, ni la hostil antipatía que profesaba á su hermano mayor; ántes bien habiase ésta exacerbado con más punzadores incentivos.

Baltasar Ballesta consagraba á su profesion ciego culto; cuantas ciencias y artes tenían con ella alguna afinidad, eran para él objeto de preferente estudio; la mecánica, sobre todo, formaba sus delicias. Á su casi vasta instruccion añadía un genio afectuoso y los más distinguidos modales.

La vida de á bordo imprime, comunmente, cierta brusquedad en el lenguaje y las maneras, y una es-

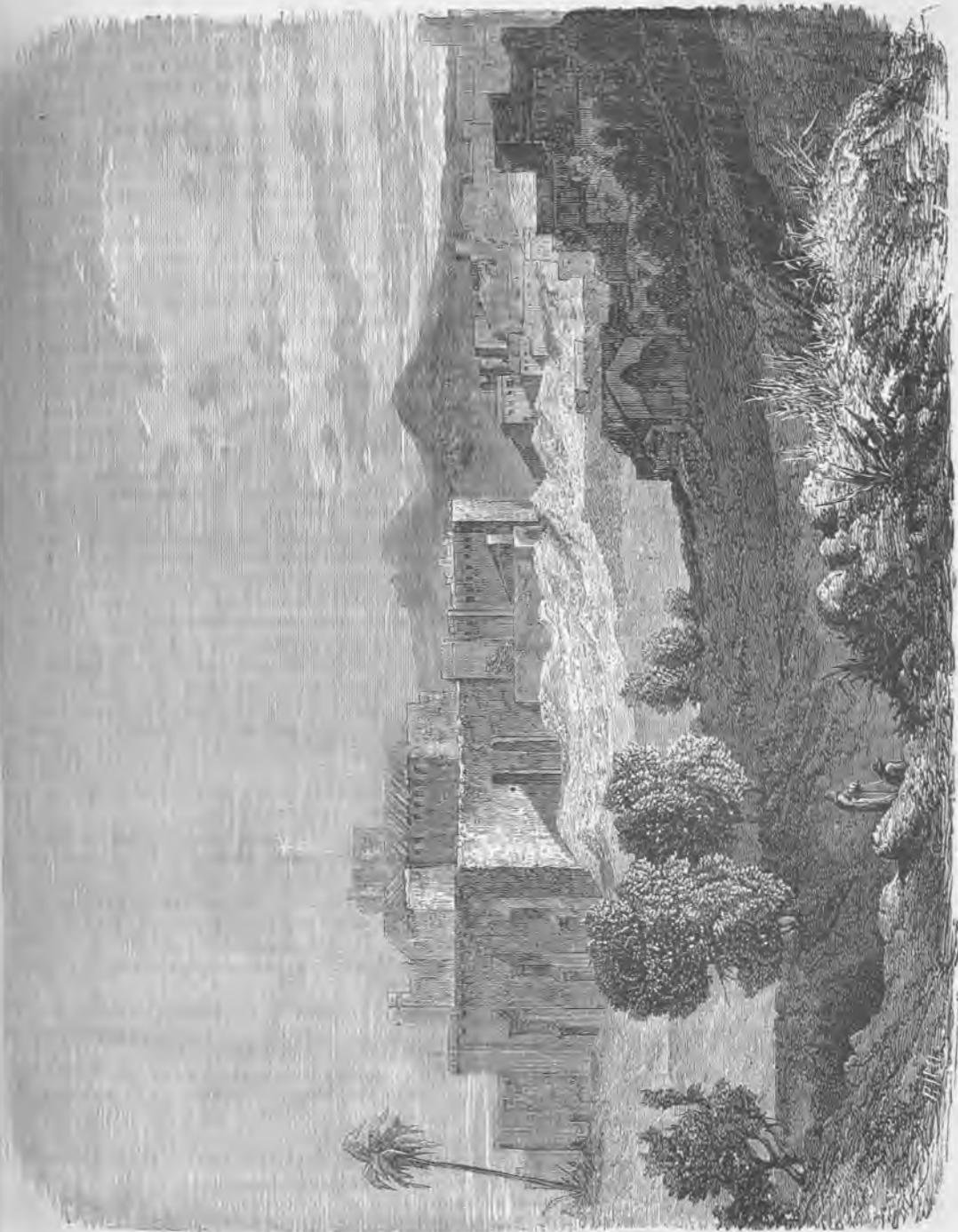
pecie de aplanamiento ó irresolucion en todos los movimientos. Por una excepcion, que no está muy generalizada, Baltasar Ballesta era un marino mercante que conservaba su aspecto de hombre de sociedad á despecho de su profesion.

Cuando su buque se hallaba fondeado é iban á visitarle gentes desconocidas, observaba que éstas parecían encontrar en su persona y en su camarote algo insólito que les causaba extrañeza.

El honrado marino no acertaba á explicarse el por qué de aquella rara impresion; nada era, sin embargo, más sencillo. Había en el capitán y en su cámara algo que difería de lo comun, de lo conocido, de lo que se ve todos los dias. Más que la estancia del hombre de mar, parecia aquel camarote el gabinete

LA TOMA DE LOJA POR DON FERNANDO EL CATÓLICO.—CUADRO DE D. EUSEBIO VALDEPEÑAS.





VISTA DE BETLEHEM.—LA CUNA DEL REDENTOR.

de estudio de algun platónico amante de las ciencias.

No faltaban en él ciertamente los accesorios é instrumentos necesarios al navegante, como el barómetro, la brújula de movimientos encontrados, el sextante, el cronómetro, las tablas de logaritmos, etcétera, etc.; pero alternando con estos objetos veíanse además instrumentos de física, diminutos modelos de maquinaria, multitud de peces, aves y reptiles disecados; una fragua portátil, una botaca de extraña hechura, armas raras recogidas en diferentes países, y montadas sobre una robusta mesa, un torno, un martillo mecánico y otras piezas de trabajo.

Pero si este abigarrado conjunto causaba admiración á cuantos le contemplaban, no era ménos viva la sorpresa que la persona del capitán producía.

Si el visitante llegaba al buque en momentos en que el estudioso marino se preparaba para ir á tierra, veíase en él, no al hombre de mar de aspecto rudo y maneras torpes, sino á un caballero de porte distinguido y exquisita cortesanía.

Con su cuidada barba, su sombrero de copa, su elevada estatura, su esmerado traje, y el junquillo debajo del brazo, y sujeto entre el indice y el cordal de la mano izquierda un aromático veguero, no podía, en verdad, negarse que Baltasar Ballesta impresionaba agradablemente desde el primer instante, y que era todo un campido caballero.

IV.

El áspid de la envidia había clavado su empozoñada saeta en el pecho del hermano menor de Baltasar.

Los repetidos elogios que de éste llegaban á sus oídos exasperante en grado sumo. Procuraba luchar con él como hombre de sociedad, como persona instruida y como experto marino; pero en todos los terrenos veíase lastimosamente derrotado.

Su encono llegó á revestir las más agresivas formas; y sin la prudencia de su buen padre y de su paciente hermano, más de una sangrienta excisión hubiera tenido lugar. Sin embargo, graves y penosos accidentes ocurrieron entre los dos hermanos, á pesar de la dosis de paciencia que oponía Baltasar á aquel genio discolorado y terrible.

Entrado de lleno en la senda del antagonismo y la contradicción hizose protestante, á fin de no profesar los mismos principios religiosos que su padre y su hermano.

¿Eran éstos amantes de su patria y de la hermosa tierra que les vio nacer? Pues Juan Ballesta hacía alarde ostentoso de cuánto desprecio le inspiraba todo lo que al nombre español se refería.

¿Guardaban su padre y su hermano justificada enemistad contra los ingleses por el inicuo despojo de Gibraltar? Pues él celebraba el hecho y mostrábase partidario de la pérdida Albión hasta la médula de los huesos.

Pero cuando su atrabiliario humor no reconocía freno ni medida alguna, fué desde el momento mismo en que su bondadoso padre dejó de existir. Recogió su parte de herencia, que era cuantiosa, y con

ella se estableció en Gibraltar, y naturalizose á poco como súbdito fiel de la Gran Bretaña.

Fuera larga tarea, lector amigo, reseñar detalladamente la serie de disgustos y contrariedades que en una larga sucesión de años hizo experimentar Juan Ballesta á su en demasía indulgente y cariñoso hermano.

Éste, que se había casado muy jóven, tuvo de su esposa, en el primer año de matrimonio, un hijo, al cual, en honor de su abuelo, bautizábase con el nombre de Félix. En paz vivió mientras fué niño aquel nuevo vástago de la familia; mas tan luego empezó á desenvolverse su inteligencia y á adquirir en él la razón el claro discernimiento de las cosas, tuvo sobrados motivos para comprender y sentir que tan pronto alcanzaba á su persona la inextinguible y abrumadora enemiga de su tío.

Más tarde, cuando el tierno infante habíase convertido en un gallardo adolescente, dió este hecho nuevo pábulo á la tenaz inquina de Juan Ballesta, que ya por aquel tiempo se hacía llamar Mr. John Crossbow.

También él, aunque con bastante posterioridad á su hermano, se había casado con una jóven inglesa, dotada en algunos miles de libras esterlinas. Ansioso á toda costa tener larga descendencia, caida en territorio inglés, según él decía enfáticamente.

Pero, contrariando la fortuna sus esperanzas, poco la fecha en que tiene principio este relato, la unión matrimonial de Mrs. Jenny y el inglés falsificado había sido completamente infecunda.

No hay para que decir cuánto desesperaría este hecho al honorable *gentleman*, y si miraría á no con invidia y malos ojos á su sobrino. Decíase de público en Algeciras, no sé si con fundamento justificado, que algunos años atrás Mr. Crossbow había seducido y abandonado á una jóven, de la cual tuvo fruto de sucesión....

Sea de esto lo que se quiera, el hecho positivo y demostrable, en la apariencia al ménos, es que el hermano de don Baltasar ignoraba aquella circunstancia, ó que, si estaba en autos del asunto, procedía como si le desconociese por completo.

¿Con qué razones y por qué medios había logrado don Juan Ballesta desposeer á su sobrino don Félix de la herencia de su padre, de cuyo hecho se habló incidentalmente en los primeros capítulos de esta historia?

¿Qué extraño secreto era aquél, en que la ciencia y la civilización parecían interesarse, que con tan cuidadoso afán ocultaba don Félix á indiscretas miradas y cuya completa posesión perseguía, con la tenacidad de costumbre, el *ángel malo* de los Ballesta, según le denominaban en Algeciras y en su distrito vecino?

¿Qué misteriosos antecedentes existían en el pasado de Clotilde, el supuesto grumete de la corbeta *Algeciras*, acerca de los cuales sólo vagos conceptos habíase dejado escapar algunos de los personajes de esta verídica historia?

(Se continuará.)

LOJA.

1482-1486.

Con el objeto de que nuestros lectores puedan apreciar las bellezas que contiene, insertamos en el presente número un grabado, copia del hermoso cuadro que en la Exposición de Pinturas de Madrid presentó D. Eusebio Valdeperas; y al mismo tiempo, y para que se pueda formar una idea lo más aproximada del hecho en que el Sr. Valdeperas se inspiró para hacer un cuadro, damos una breve reseña histórica de la tentativa frustrada contra Loja y su conquista.

Después los Reyes Católicos de emprender nuevas conquistas, cuya realización les diera mayor reputación y más fama de la que por sus hechos habían ya alcanzado, decidieron poner sitio á Loja, ciudad en la qual háronse, y aun más especialmente Don Fernando, que anda en desdese de la ceca suya, aun en contra de las diversas y encontradas opiniones que existían acerca de la conveniencia y oportunidad de tal empresa, pues mientras unos intentaron disuadirlo, otros creían que la conquista de Loja ofrecía probabilidades de éxito seguro; siguió el consejo de estos últimos, y con un cuerpo de ejército compuesto de cuatro ó cinco mil caballos, y ocho mil, según otros, doce mil infantes, llegó el 1.º de Julio de 1482 cruzando el río Genil, por Ecija, á Loja, acampando con su ejército y formando diversos cuarteles que no podían comunicarse entre sí á causa de las escabrosidades del terreno y los innumerables cañales que, cortando el sitio ocupado por el ejército, impedía todo movimiento favorable.

Situada Loja cerca de Alhama y á orillas del Genil que, rodeando á la ciudad por el Mediodía, y no siendo vadable más que por un punto, no tenía más que un solo puente, que fácilmente se distinguía desde la ciudad, encontraba perfectamente defendida contra cualquier ataque.

Su guarnición estaba, además, reforzada con tres mil soldados de los buenos, y al mando de un valiente y esperto jefe llamado Ali-Atar.

Con todas estas ventajas por parte de la ciudad, el poco ejército de D. Fernando, el desaliento de sus escudillos, y la mala posición que ocupaban con sus tropas, la conquista de Loja era punto ménos que imposible; pero el rey Católico, desatendiendo los ruegos de su hermano el Duque de Villahermosa, que le aconsejaba tendiese puentes sobre el río para acercarse más á la ciudad, y no fiando más que en sus deseos, dió orden para que una buena parte de sus tropas fuese á ocupar unas alturas llamadas de Albalacón, para fortificarlas con las pocas piezas de artillería que llevaban; comisionóse para esto al gran maestro de Calatrava y á los Marqueses de Villena y Cadix.

Antes de que estuviese concluida aquella fortificación, si tal nombre merece, y considerando Ali-Atar la importancia estratégica de aquella posición, salió de la ciudad con un pequeño ejército para desalojar de ella á los cristianos, los cuales salieron á su paso;

pero, sin esperar al encuentro, los árabes volvieron grupas hácia la ciudad; ciéganse los españoles en su persecución, y entonces, una partida de jinetes árabes que por la noche habíanse ocultado, se dirigen á la carrera al punto abandonada, apoderándose de todo, incluidas las piezas de artillería.

Notando su error los cristianos, vuélvense para recuperar el sitio perdido; pero Ali-Atar vuélvase á su vez, y los españoles se ven cogidos por sus dos frentes, empeñándose duro y terrible combate que terminó al cabo de una hora merced á los socorros que vinieron á los cristianos, comprendiendo los árabes una pronta pero ordenada retirada; grandes pérdidas tuvieron los cristianos, entre ellas las del gran maestro de Calatrava que, á pesar de ser tan jóven, pues sólo contaba veinticuatro años, habíase hecho una brillante reputación como valiente y entendido capitán.

Convencido al cabo D. Fernando de la mala posición que ocupaba, ordenó que la gente que se encontraba en las alturas de Albalacón se unieran al grueso de su ejército, y como si la Providencia quisiera demostrar sus enojos por la imprudente conducta del rey Católico, apenas los cristianos empezaron á desalojar aquella posición, salen los de Loja para tomarla y las tropas que estaban con D. Fernando, al ver descender á sus compañeros, y á los árabes ocupando el lugar que ellos dejaban, creen que han sido sorprendidos y derrotados, asústanse, y sólo piensan en huir; Ali-Atar que con penetrante mirada observa tal confusión, carga con todo su ejército; en vano D. Fernando intenta reunir el suyo que huye despuvorado, y sólo con una pequeña tropa de caballeros hace frente á los árabes, con los cuales libra espantoso combate, exponiéndose muchas veces á perder la vida, y salvándose en una de ellas gracias al marques de Cadix; por fin, viendo los árabes la resistencia valiente de los cristianos, empiezan á cejar, permitiendo la retirada á éstos, que llegan al sitio llamado la Peña de los Enamorado, desde donde marchan á Córdoba.

Pasados cuatro años de esta tentativa que fué para don Fernando dura y terrible, pero provechosa lección, reúne este todas sus tropas y se dirige á Loja con más esperanzas y más probabilidades de ganarla que antes, asentando sus reales en tres partes diferentes para así estrechar más el cerco, rompiendo el puente y fabricando dos nuevos en puntos más convenientes para el asalto.

Boabdil, que se encontraba dentro de Loja, hizo una salida con quinientos de los suyos para impedir el paso á los cristianos; pero éstos, que habían llegado á los arrabales, obligaron á aquéllos á retirarse dentro de la ciudad; á los nueve días, y cuando se preparaban para dar el asalto, riñdiéronse los árabes á condición de salir libres y con todo lo que tuvieran; permitiéndose así, fortificó D. Fernando la ciudad y diósele para su guarda á D. Alvaro de Luna, nieto del célebre condestable del mismo nombre.

Tal es, narrado á la ligera, uno de los innumerables hechos que tuvieron lugar en aquella época entre españoles y árabes, y que unido á otros muchos forman lo que se conoce con el nombre de reconquis-

ta, que, empezada por D. Pelayo en Asturias y coronada por los Reyes Católicos en Granada, constituye una de las páginas más brillantes de nuestra historia patria.

FERNANDO PASCUAL.

BETHLEHEM.

CUNA DEL REDENTOR.

Saliendo de Jerusalén por la puerta de Jaffa, se atraviesa una llanura angosta. En medio del camino hay un pozo llamado *Pozo de la Estrella*, que es de gran importancia para los rebaños que pastan en las cercanías; más allá se encuentra un hermoso convento griego.

Todos estos sitios tienen para el cristiano multitud de recuerdos.

El viajero que pisa aquella tierra, teatro del drama que terminó en el Gólgota, se cree trasportado al tiempo de los patriarcas. Siguiendo siempre el mismo camino, se halla la tumba de Raquel, que es un edificio pequeño en medio de un bosque de olivos. Un poco más allá de esta tumba está *Bethlehem* ó *Belem* como se dice vulgarmente.

El aspecto del pueblo es alegre y agradable, las cercanías están regularmente cultivadas; entre los árboles que allí se crían, además de los olivos tradicionales, pueden citarse almendros, perales, manzanos y albaricoqueros. La plaza principal está rodeada de conventos cristianos, en medio de los cuales aparece la iglesia de la Natividad, edificada, por orden de Santa Elena, sobre la gruta que contiene el establo y el Santo Pesebre.

La citada iglesia es una de las más imponentes y majestuosas de la Palestina. Cuarenta y ocho columnas de mármol amarillo y de estilo corintio sostienen el techo, que está construido de cedro del Líbano. El coro contiene un altar, dedicado á los tres Reyes Magos, y delante del cual una estrella de mármol marca en el suelo el punto en que se detuvo la estrella sobre el lugar en donde había nacido *El Hijo de Dios*.

Las cercanías del pueblo, habitado en su gran mayoría por cristianos, en número de 3.000, recuerdan las tradiciones sagradas; se ven las ruinas de un convento de Santa Paula, los del monasterio de Casiano, y en fin, el lugar en donde el ángel anunció á los pastores el nacimiento del Hijo de Dios.

La Naturaleza podrá presentar sitios más grandiosos y más pintorescos que Bethlehem; la historia nos marcará puntos, donde se han levantado y hundido imperios poderosos; pero ni la una ni la otra podrá ofrecer á nuestra vista ni á nuestra imaginación lugares en los que las escenas que han pasado hayan influido tanto en la suerte de la humanidad.

LA LOTERIA DE NAVIDAD.

¿Necesita explicación este grabado?

No lo creemos.

Hoy, como siempre, será de actualidad; es un espectáculo que todos los años se repite.

Antes de salir la lotería, ántes de que los vendedores vocean la lista grande, ¡cuántas esperanzas, cuántas ilusiones!

Después, ¡cuántos desengaños!

Pero esto no impide que aquél que, como la lechera de la fábula, creyó celebrar la Noche-Buena con un festín, fruto de la lotería, la celebre más modestamente con el fruto de su trabajo, que es la única lotería en que siempre se gana.

LA NOCHE-BUENA.

Al publicar el presente artículo creemos agradecer á nuestros lectores, tributando al propio tiempo un recuerdo cariñoso al que fué nuestro querido amigo, *Carlos Rubio*.

I.

Niños que no tenéis nacimiento, ni tambor ni sopa de almendra, y os calentáis las manos entumecidas mientras el alma, absorta en una idea, no siente el cuerpo, ni el cuerpo, que permanece como muerto, siente el frío, ni el calor, ni la sed, ni el hambre.

Formad corro en torno mio y escuchadme. Voy á servirlos un cuento para cenar.

II.

Era una de esas noches en que la Naturaleza parece haberse olvidado de que hay pobres. El cielo lucía un manto de color perla; la tierra estaba cubierta con un sudario de nieve. A la puerta de un rico yacía, envuelto en una pobre capa, un pobre anciano, que, según la frase de un amigo mio, había dado un salto mortal mayor que los del mejor gimnasta, había saltado desde un lunes hasta un sábado, sin tropezar en un garbanzo ni en una miga de pan.

La ciudad entera ardía en gozo. Por todas las ventanas salían á torrentes rayos de luz, cantares y cajadas; músicas alegres, chicos con tambores, zambombas y almireces, grupos de gente del pueblo con panderetas y guitarras recorrían las calles, preservándose del frío con tragos de vino de todos colores; y de todas las chimeneas salía humo, y todas las confiterías brillaban adornadas como cortesanas de príncipe en una orgía, y todas las plazas, cuajadas de gente y víveres, ensordecían el espacio con sus gritos de compradores y vendedores, y todos los teatros estaban llenos y todos los niños encendían sus nacimientos, y todos los abuelitos se olvidaban de que sonaba la hora de recogerse y hasta los perros y los gatos estaban de enhorabuena por la conmemoración de la venida al mundo del Hijo de Dios.

LEYENDO LA LISTA DE LA LOTERÍA DE NAVIDAD.



No es el mío.

¿El premio gordío!

Veamos.

Si el 6 fuera 7.

Algo se pesa.

Esto prueba que la escena pasaba á 24 de Diciembre, pero ignoro el año y el nombre de la ciudad.

El pobre anciano, llamémosle Lázaro á falta de otro nombre mejor, presenciaba esta algazara y dos lágrimas de desesperación corrían por sus mejillas.— Todos son felices menos yo, suspiraba. ¿qué he hecho yo, Dios mío, para padecer donde todos gozan? ¿Esta desigualdad viene de Dios? ¿Qué motivo la causa? ¿Viene de los hambres? ¿Por qué Dios la permite? ¡Oh! ¡maldito el día en que nací y la noche que fui concebido varón!

En aquel momento empezaron á entrar en la calle los coches de los que acudían á la cena del rico. En los salones rompió la orquesta en cien cambiantes de armonía como una fuente artificial en cien juegos de aguas y colores; las antorchas de los criados corrían en todas direcciones como otros tantos meteoros, la multitud llenaba las aceras; las damas y los galanes, cubiertos de oro y de diamantes, penetraban en el pórtico murmurando poemas de amor. El pobre prosiguió: —¡Unos tanto y otros tan poco! ¡Ah fortuna, fortuna! ¿Cuándo serás cuerda una vez!

En este momento, una mujer muy vieja, muy flaca, tanto que más que otra cosa parecía una sombra elegante, lujosamente vestida y cuidadosamente pintada y empelucada, se detuvo delante de Lázaro y le dijo: —¡Hola murmurador! ¿Qué tienes que decir de mí?

—¿Quién sois, señora?—le preguntó el mendigo admirado de que tan alta dama se tomara el trabajo de hablarle.

—Soy la Fortuna—le respondió la vieja—y estoy ya cansada de que se me calumnien. Vamos ¿qué tienes que reclamar contra mí, mostrenco?

—Si soy mostrenco—replicó el pobre incomodado,—á vos os lo debo, que me habeis hecho lo que soy, y de lo que me quejo es de que repartais tan mal vuestro patrimonio entre vuestros hijos.

—Doy á cada uno lo que merece.

—¿Y por qué merecen unos más que otros? En la vida todos seremos iguales, ¿por qué tenemos que usar aquello de

« Los árboles en el campo
Nacen con su distincion:
Unos nacen para santos
Y otros para hacer carbon? »

—Doy á cada uno lo que más le conviene.

—A nadie le conviene padecer.

—¿Y crees tú que unos padecen más que otros?

—Vaya si lo creo.

Pues para que te desengañes voy á hacer contigo una prueba.

—¿Cuál?

—Vas á convertirte en quien quieras. Vas á olvidar lo que eres y ser lo que deseas, y en cuanto desees ser otra cosa, en otra cosa te convertirás.

—¡Oh, señora!

—Pero te advierto, que si vuelves á desear ser lo que eres ahora....

—¡Oh! entónces regaladme unas orejas de asno.

—Así lo haré. ¿Qué quieres ser?

Lázaro meditó un poco de tiempo y en seguida dijo:

—Señora, quiero ser rey.

—Sea—dijo la Fortuna.

Y Lázaro, olvidado de su ser, se encontró vestido con el traje Real en los salones de palacio.

III.

Estábase celebrando en palacio la Noche-Buena; ¿cuánto oro! ¿cuántas luces! ¿cuántos diamantes! ¿cuánta gente! ¿cuántas flores artificiales de todos géneros! La mesa estaba servida con mucho lujo, los platos eran escogidos, la conversación animadísima.... allí sólo faltaba una cosa: el placer. Aquel lujo no deslumbraba los ojos, aquellos manjares no halagaban á los paladares acostumbrados á ellos. La conversación era una esgrima, y el rey y los cortesanos se miraban recíprocamente como el donador y las fieras. Además; ¿los grillos de oro de la etiqueta eran tan pesados! Y entre las risas de la cena se oían, á lo léjos, unos rugidos populares, tan semejantes á los de la desbordada mar de los bárbaros que servían de eco á los últimos festines de Roma!

Lázaro, á quien parecía haber sido siempre rey, y que tenía sobre su alma los dolores de haberlo siempre sido, murmuraba en su interior: —¡Oh corona, corona, que deslumbras como el oro á los extraños, y quemas como el fuego á quien te viste! ¿Qué poco te conocen los que te envidian! Estar siempre en oscura, estar siempre en las lenguas de la maledicencia, no poder ser hombre nunca, y poder pagar con el destierro, con la muerte, con la infamia cualquier error, tal es la suerte de los reyes. ¡Quién fuera un pobre artesano, de esos que hoy gozan tanto, y tanto me envidian!

Apénas dijo esto, encontróse convertido en artesano.

IV.

Si San José viviera hoy, tendría la casa de aquel artesano. Una esposa muy bella, unos niños como los ángeles de Murillo, un viejo abuelito, cuyo rostro santificaba y exaltaba la honradex, en un pobre taller de carpintero.

Los niños y el abuelito encendían el nacimiento; tocaban el tambor y cantaban villancicos. La madre ponía la mesa, asaba el besugo y disponía la sopa de almendra. Pronto vinieron algunos vecinos más, que alumbrados, y mientras cenaba la familia, y se oían chistes tradicionales y se apuraban uno y otro jarro, dispusieron ir á la Misa del Gallo.

—¡Pobre abuelita!—dijo la mujer;—¡cómo le gustaba ir á esa misa! ¿Este es el primer año que falta! Mientras nos estamos divirtiendo, la pobre está en el hospital.

—¿Y qué le hemos de hacer?—dijo un vecino—eso mal es incurable, y los pobres no tenemos otro refugio. Ustedes han hecho cuanto han podido por ella, y Dios se lo premiará....

—Pues lo que es hasta ahora.... Desde que la abuelita nos falta todo son desgracias. Mi hijo Pepe en la cárcel por haber cedido á los consejos de esas mu-

¡Jesús que, después de haberle puesto enfermo, le han hecho olvidar su oficio y le han hecho contraer amistades con gente de presidio. Mi hija Marta, perdida... Los pobres no tenemos tiempo para educar á nuestros hijos, ¡y hay tantas tentaciones en el mundo para los hijos de los pobres!... Y lo que más estoy temiendo es la quinta que se acerca. Mi hijo Pedro entrará en ella, ¿y cómo salvarle? ¡Si fuéramos ricos? Pero por más que trabajamos no nos alcanza: ¿cómo hemos de ahorrar?

—Vámonos, vecino: para no sentir penas, emborráccense. Un vaso y una copa. Mire V., ya se va pudiendo tratar el maestro.

Lázaro, en efecto, estaba pensativo; pensaba en su hijo preso, en su hija ramera, en su hijo estudiante y expuesto á ser soldado, y pensaba sobre todo en que los víveres, la casa y el traje se encarecían, y el trabajo le faltaba.—¿Quién fuera capitalista!—se decía....

Y cambió la decoración, y Lázaro se convirtió en uno de esos banqueros, que, como Milas, parece consisten en oro cuando sus manos tocan, y que, como Rothschild, disponen de la suerte de las naciones, y no sólo á su paso, sino al paso de un mueble suyo (se dato de E. Heine) van á sus cortejos arrodillándose como si pasase el Santísimo Sacramento.

V.

Había cena en casa del banquero, pero el banquero no cenaba en su casa. Cenaba con unos parásitos y unas cortesanas que le desplumaban. Se iba haciendo viejo, los placeres comprados le daban hastío, apenábale la crisis ministerial, la jugada de bolsa, la ingratitude de su hijo, semejante al Vizconde de Martin el expósito, la coquetería de su esposa, el amor de su hijo á un amante de su dote..., y á consecuencia de que su querida le dejaba por un artista, la envidia á los artistas.—Si yo fuera artista—decía.

VI.

En casa del artista había una cena literaria, de esas en que cada uno lleva no sólo versos hechos, sino frases hechas para improvisarlas en momentos determinados, se aplaudía mucho, se hablaba mucho, se reía mucho, se afanzaban por unos los lazos de la sendilla, se murmuraba por otros más amigos de coquet reputaciones que de comer payo trufado; y al hablar de política un autor sillado comprendía á *Floquet Tlionille* que cuando presentaban un acusado en su tribunal decía:—¿quién sabe si será uno de los que silbaron mis comedias?—y le condenaba por venganza; y cuando se hablaba de guisos un autor aplaudido, recordando que el placer de los triunfos no compensa el dolor de las derrotas, comprendía al celebre cocinero francés que se suicidó porque le había salido mal una salsa. La necesidad de crear, las rivalidades, la sed de goces que, como la de los licores fuertes, se aumenta á cada sorbo de la copa en cuyo fondo está la muerte y que no es, en suma, sino la aspiración á lo infinito, la excitación nerviosa que desarrolla la vida del arte, le hacían formular en el fondo de su alma una elegía, ya semejante á la de Figaro, ya á la de Alarcon. Estaba rodeado de pla-

ceres y estaba triste y solo. Era el fétetro en el festín egipcio. La flor sonreía á sus amores, suspiraba recordando á Victor Hugo, la montaña tiene la frente arrugada y triste porque sostiene un cielo. El talento es el fruto del árbol de la ciencia, fruto venenoso que nos da la muerte. Bienaventurados los tontos porque de ellos es el reino de los cielos.

VII.

Apénas dijo esto cambiábase de nuevo la decoración, y Lázaro se convirtió en el hijo imbécil de una viuda del Monte Pio. La cena de aquella noche representaba la viudez de medio mes. La viuda, pretextando ser día de ayuno, se abstenia de cenar para que cenase más su hijo; pero este, después de haber cenado, juraba que podía comulgar sin escrúpulo de conciencia. Enjugándose la boca y entreteniéndose para engañar el hambre en oír leer un arte de cocina (creo que el de Montfú) en que se enseña á asar la manteca en asador de palo, y á hacer platillos de cuerno de ciervo, que no tienen de malo más que el nombre, oía desde su cuarto la música de una gran casa inmediata donde había baile y decía:—¿Ahí sí que se divierten!; ¿Quién fuera ese mayorazgo!

VIII.

Lázaro convertido en mayorazgo estaba asomado al balcón; y mientras hablaban sus conturbados medítala así.—¿Qué vida tan fastidiosa!; ¡Siempre lo mismo! Vivir es desear y yo no puedo desear porque tengo todo lo que quiero! Será preciso que me ahorque para sentir una emoción. No será el primero. En alguna parte he leído que un inglés se suicidó por la misma causa. Dichosos los pobres, que como nada tienen todo lo desean, y en todo pueden encontrar placer.

Vió en este momento en el rincón de su puerta un pobre anciano acurrucado y tiritando de frío.

—¿Qué feliz será ese pobre!—exclamó:—para él hasta un rayo de sol será una lotería!; ¿Quién fuera ese pobre!

En aquel momento Lázaro se encontró de nuevo en la puerta del rico, en la posición en que le había sorprendido la Fortuna; pero con la cabeza adornada con dos orejas de asno.

IX.

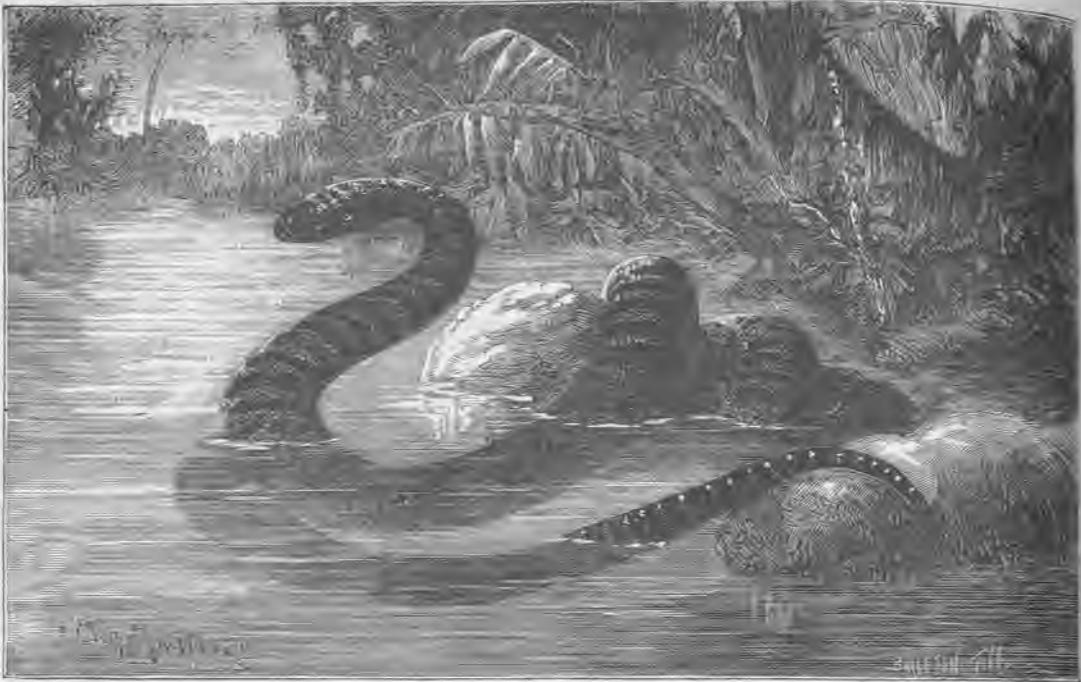
—Y bien Lázaro—le dijo la Fortuna—¿qué has sacado en limpio de tu correría?

—Ha sido muy corta—murmuró Lázaro, que aún no quería dar su brazo á torcer.

—Aunque hubiera sido más larga no hubieras adelantado más. Lo que has visto te sobra para conocer que la felicidad no está en lo que nos rodea, sino en nosotros mismos: que el placer y el dolor son las dos caras de una misma lanza; que, por lo tanto, quien mucho goza mucho padece y vice-versa, y que quien envidia á los otros es un ignorante, y quien me acusa es un necio merecedor de tus orejas.

—Pero señora—exclamó Lázaro poniéndose de rodillas—¿no hay un estado en que el hombre sea feliz? ¿No puedeis hacerme feliz?

—Yo no puedo crear la muerte—dijo suspirando la Fortuna y desapareció, á tiempo que pasaba por la



EL CRESIDRO LISTADO.

calles un gran grupo que iba á la Misa del Gallo; dos borrachos procuraban darse de navajadas y dos deidades de á seis cuartos se tiraban de los pelos y enseñaban á la luna lo que está destinado á cubrir y figurar el miriñaque.

X.

Niños míos, si os ha cansado mi cuento, del cual pudiera hacerse una larga novela y una comedia de magia, tanto mejor. Un cuento que causa da sueño, y tener sueño es una felicidad cuando no se tiene cena. Buenas noches, y á la cama. Mañana será otro día, y no siendo Noche-Buena, acaso estaré más alegre y os contaré algo más divertido.

C. RUBIO.

EL CRESIDRO LISTADO.

En el mar que baña la parte Sudeste del Asia, los pescadores cogen en sus redes unos curiosos animales de cuerpo prolongado, de cabeza pequeña y de cola aplanada como un remo; estos animales son las serpientes de mar, temibles por el mortal veneno que contienen los ganchos que arman sus mandíbulas.

Entre estos reptiles suele encontrarse con frecuencia otro, cuyo aspecto, en general, pudiera confundirse con las citadas serpientes; pero que examinado detenidamente tiene diferencias notables.

Léjos de ser escamoso, el cuerpo y la cabeza llevan tubérculos granulados, y como engastados en una piel fina y como arrugada. El animal de que tratamos se conoce bajo el nombre de *cresidro listado*, y se encuentra en la península de Malaca, bahía de Manila, en Java, Sumatra, Timor y Nueva Guinea.

Solucion á la charada del número anterior.
CAMELLO.

JEROGLÍFICO.



La solución en el número próximo.

SUMARIO.

GRABADOS.—Toma de Loja, por Valdeperas.—Vista de Betlehem.—Leyendo la lista de la Lotería de Navidad.—El Cresidro listado.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.—Jerooglífico. TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—La Reina de los Lagos, Mayne-Beid.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes.—Toma de Loja.—Betlehem.—La Lotería de Navidad.—La Noche-Buena, por Carlos Rubio.—El Cresidro listado.—Solucion á la charada.